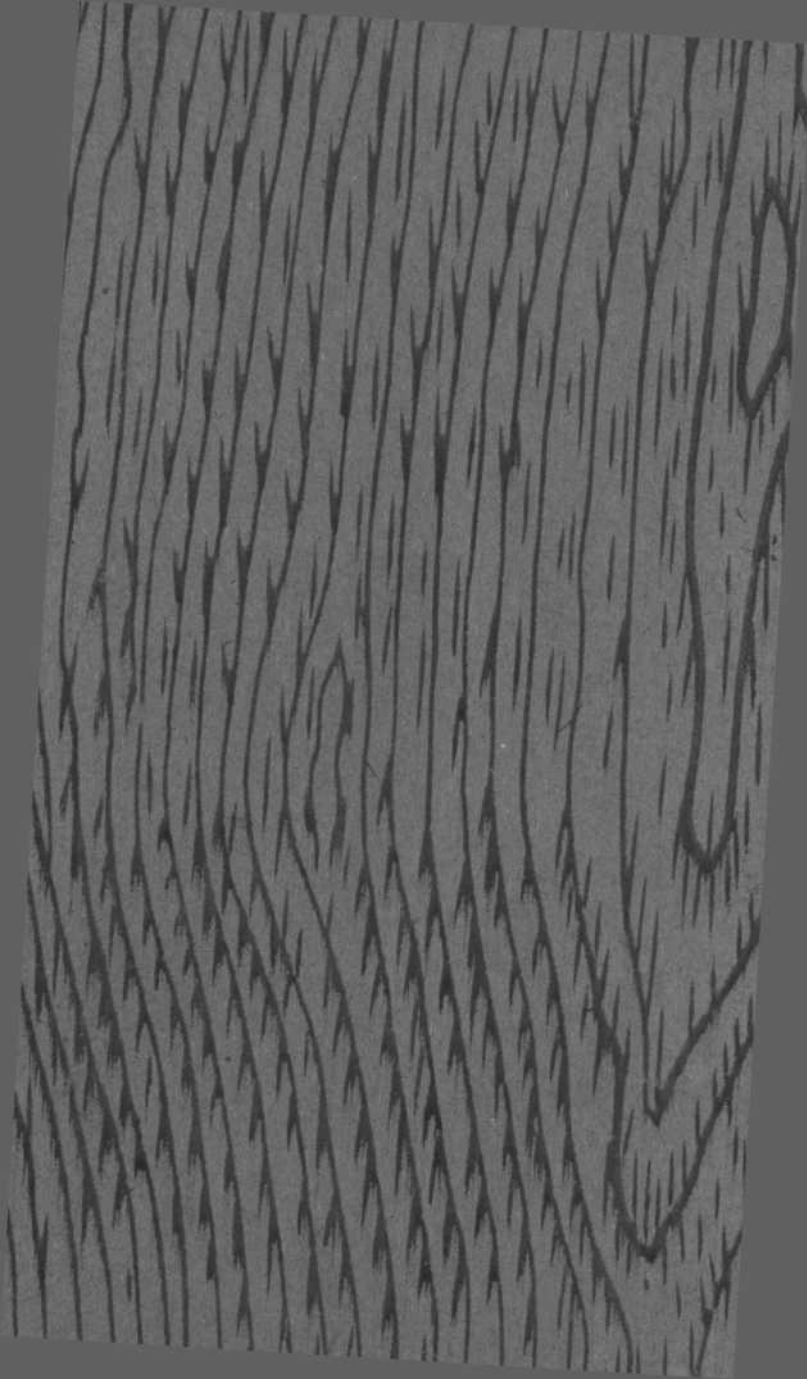








D6CL
A

BIBLIOTECA EMPORIUM

N.º 2

MIS CANCIONES

T. 172078

C. 1223286

BIBLIOTECA EMPORIUM

VOLÚMENES PUBLICADOS

- REYNÉS MONLAUR. — *El Rayo de Luz*, Escenas evangélicas.
P. R. DEL VALLE RUIZ, O. S. A. — *Mis Canciones*, Obras poéticas.
REYNÉS MONLAUR. — *Después de la hora nona*, Narración de los tiempos apostólicos.
REYNÉS MONLAUR. — *Mirarán hacia Él*, Episodios evangélicos.
ROBERTO HUGO BENSON, PBRO. — *El Amo del mundo*.
¡Sursum Corda! CARTAS DE LA CONDESA DE SAINT-MARTIAL (SOR BLANCA, HERMANA DE LA CARIDAD).
EUGENIA DE GUÉRIN. — *Diario y fragmentos*.
FRANCISCO COPPÉE. — *Frutos del dolor*.
JUAN DE LA BRETE. — *Mi párroco y mi tío*.
ROBERTO HUGO BENSON, PBRO. — *La tragedia de la Reina*.
FERMÍN SACRISTÁN. — *Regalo de boda*, Libreto del matrimonio con los cantares y refranes que tiene la obra.

VOLÚMENES EN PREPARACIÓN

- ENRIQUE BORDEAUX — *El miedo á la vida*.
» — *Las exigencias de Jacqueline*.
ROBERTO HUGO BENSON, PBRO. — *Los sentimentales*.
PABLO BOURGET — *Un santo*.
REYNÉS MONLAUR — *Almas celtas*.
» — *Jerusalén*, Impresiones de una peregrina.
» — *Allain y Vanna*.
P. BRUNO DESTREZ, O. S. B. — *A mitad del camino de nuestra vida*.
ENRIQUE ARDEL — *Mi primo Guy*.
CARLOS DE VITTIS — *La novela de una obrera*.
MARQUÉS COSTA DE BEAUREGARD. — *Predestinada*.



34
P. R. DEL VALLE RUIZ

AGUSTINO

MIS CANCIONES

OBRAS POÉTICAS

DIBUJOS
DE

J. TORRES GARCÍA

L	2
	14

SEGUNDA EDICIÓN

(CON LICENCIA)



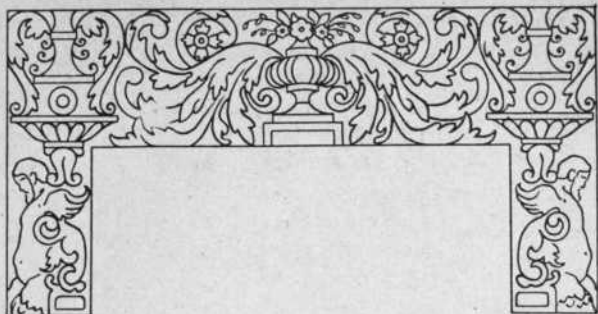
BARCELONA
GUSTAVO GILI, EDITOR
CALLE UNIVERSIDAD, 45
MCMXI

ES PROPIEDAD

Imp. Moderna de Guinart y Pujolar, Bruch, 63.—Barcelona



R. 139028



AL LECTOR

Sin otro título que el de condiscípulo del P. Restituto del Valle y Ruiz, heme aquí, lector amigo, con el honor de presentártele como poeta, aunque su nombre es conocido ya en la república de las letras españolas, y alabado como crítico y prosista (1) por maestros tan eminentes como D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

El cual, no hace mucho tiempo, decía, contestando al Sr. Rodríguez Marín, en la Academia de la Lengua, que estaba «firmemente persuadido de que cada vez se leen menos versos en España». Hace más que Emilio Ferrari, ante la misma Academia, habló de la «crisis en la literatura», y mucho antes que los *meteorólogos de secano* anunciaran la desaparición total de la poesía de la superficie de la tierra, el gran poeta Núñez de Arce escribió en 1873:

(1) Por sus hermosos *Estudios Literarios*. — 1903. — Juan Gili, Barcelona.

La Virgen poesía
 Huyendo de los hombres,
 Se pierde en las profundas
 Tinieblas de la noche.
 ¡Todo se anubla, todo
 Choca, todo está herido!
 Pide estragado el arte
 Su inspiración al vicio.

.

Yo, lector amigo, así como confieso que la poesía legítima, aunque no abunde, no huirá de la prosa de la tierra mientras en la tierra palpita un solo corazón, con igual ingenuidad declaro que en Revistas ilustradas y periódicos rotativos, hoy se escriben muchos versos á los cuales ciertas gentes llaman poesía, aunque tengan de ella la misma cantidad que de seso y de cordura tienen sus autores y gran parte del público que los lee y ensalza.

Es unánime la queja de los buenos críticos contra esta clase de poesía al revés, que ni siquiera es prosa mediana, maldecida por el autor de los *Gritos del Combate*, en un discurso célebre; por Zeda en el prólogo á las *Castellanas*, de Gabriel y Galán, que la llama complicada y extravagante en su forma y en su fondo, en sus versos ó renglones de muy diversa extensión, sin ritmo, ni sintaxis, ni sentido común, aunque, de vez en cuando, se vea alguna flor en medio del matorral. Todos los que conserven una ráfaga de buen sentido moral y estético, deben protestar enérgicamente contra esa plaga de *poetas*, más terrible que el cólera morbo, de Narcisos tísicos, decadentistas y simbolistas;

contra esas coplas de ciego y versos perniquebrados; contra esa métrica que carece de medida, absurda é inverosímil sino es entre las paredes de un manicomio; contra esa pseudo-poesía de origen francés, materialista, grosera y carnal, pagana, enfermiza é histérica en que las musas aparecerían como desgraciadas cómplices en la perversión del alma y de las letras, si las musas fueran personas de carne y hueso.

Tenía razón Núñez de Arce, refiriéndose á estos *poetas*, al decir que la poesía huye de la humanidad para esconderse en las tinieblas de una noche profunda; y la tuvo también aquel agustino insigne, príncipe de la poesía lírica española, cuando, previendo la existencia de estos vates «que piden su inspiración al vicio», escribió en *Los Nombres de Cristo*: «Los que emplean la poesía, ó mejor la pierden en argumentos de liviandad, habían de ser castigados como públicos corrompedores de dos cosas santísimas: de la poesía y de las costumbres. La poesía corrompen, porque sin duda la inspiró Dios en los ánimos de los hombres, para con el movimiento y espíritu de ella levantarlos al cielo, de donde ella procede; porque poesía no es sino una comunicación del aliento celestial y divino; y así en los Profetas casi todos, así los que fueron movidos por Dios, como los que, incitados por otras causas sobrehumanas, hablaron el mismo espíritu que los despertaba y levantaba á ver lo que otros hombres no veían, les ordenaba y componía, y cómo metrificaba en la boca las palabras con número y consonancia debida, para que hablasen por más subida manera que las

otras gentes hablaban, y para que el estilo del decir se asemejase al sentir, y las palabras y las cosas fueran conformes... Así que corrompen esta santidad, y corrompen también, lo que es mayor mal, las santas costumbres; porque los vicios y las torpezas, disimuladas y enmeladas con el sonido dulce y artificioso del verso, recíbense en los oídos con mejor gana, y de ellos pasan al ánimo, que de suyo no es bueno, y lánzanse en él poderosísimamente; y hechas señoras de él, y desterrando todo buen sentido y respeto, corrompenlo, y muchas veces sin que el mismo que es corrompido lo sienta... Derraman poco á poco su ponzoña por los pechos, inficionan las almas y las pierden; y perdido el corazón y aficionado á los vicios, y embeleñado con ellos, no hay cerradura tan fuerte ni centinela tan veladora y despierta que baste á la guarda.»

Estas hermosísimas palabras, escritas hace tres siglos, tienen perfecta aplicación á la actual poesía modernista, menos (afortunadamente) en lo del «sonido dulce del verso», que no es sonido, sino ruido estridente de carreta de provincias, ni tampoco tiene dulzura, sino el sabor aceitoso de almendras amargas.

Para ahogar el mal con la abundancia del bien; para levantar á las almas que la poesía modernista, «pidiendo su inspiración al vicio», arrojó en el estercolero de la carne y de la sangre, hacen falta poetas cristianos que se inspiren en la Religión y la virtud, y hablen á la tierra, como el P. del Valle Ruiz, el lenguaje de los cielos;

¡Alma inmortal, de luz y amor sedienta,
 ¿Por qué tú gimes, cuando todo canta?
 ¡Arriba está la luz! hija del cielo,
 ¡Arriba está el amor! ¡avanza, avanza!

Ahora comprenderás, lector discreto, la oportunidad de la publicación de estas poesías, las cuales, aparte de su mérito artístico y religioso, tienen además el de ser una nueva y gloriosa manifestación de la nunca interrumpida escuela poética hispano-agustiniana, única en la Historia de las Órdenes religiosas. La musa que inspiró al cantor sublime de la *Noche serena*, siguió inspirando en verso ó en prosa vibrantes, caldeados por el fuego del amor divino, á Malón de Chaide, al venerable Tomé de Jesús, á Benito Caldeira, Camargo, Gaspar de los Reyes, y principalmente al poeta de *El murciélago alevoso*, Fr. Diego González, verdadero fundador de la escuela salmantina, al decir del P. Conrado Muñíos. El jardín que plantó Fr. Luis de León, orillas del Tormes, no ha dejado nunca de dar flores de primavera y de exquisito perfume aun en los días más aciagos del invierno literario, en épocas de corrupción como la del siglo XVIII.

Apuntadas estas advertencias que estimé necesarias como preámbulo á lo que va á seguir, te diré, lector amigo, que el P. del Valle, que es prosista castizo y crítico eminente, nació poeta en Carrión de los Condes, como otros nacen moluscos en cualquier lugar. Yo le conocí cuando los dos teníamos quince abriles, y después estudiamos la carrera juntos. En aquella edad

afortunada en que la mayor parte de los jóvenes siente la picazón del *sarampión* poético, el P. del Valle sobresalía *poéticamente* entre todos sus compañeros y condiscípulos. En aquellos días felices ya veíamos en él, como afirma el queridísimo, virtuoso, sabio y malogrado compañero P. Blanco (en su *Historia de la literatura española en el siglo XIX*), «la imaginación creadora y el singular instinto de la belleza; al dueño de los arcanos que se encierran en la gama de colores y sonidos del lenguaje, con cuyos elementos plásticos teje vistosas filigranas y cuyos temas musicales desenvuelve en gratas me-lopeas».

Pero no vayas á creer por estas palabras que la musa del P. del Valle es de constitución enfermiza ó histérica, á la cual sólo agradan el color de las flores y las filigranas musicales para entretener el tiempo ó *cloroformizar* sus débiles sacudidas nerviosas, signo del agotamiento de la vida. Ni esa fué la intención del Padre Blanco, que no hizo más que apuntar una idea, ni sería justo que te formases tal opinión del poeta que vas á conocer leyendo sus versos; la lectura de los cuales te persuadirá de que la musa que los ha inspirado es de recia complexión y robusto organismo, bien «curtido por el sol y por los aires» de los campos de Palencia, «sencilla y pura, sin doblez ni sombras» como el alma de sus habitantes,

Que en la honrada labor hallan sus dichas
Y en la paz del hogar calman sus penas.
La noble musa á quien prestara el cielo
Temple viril.

Esos campos de la tierra castellana, tan desconocida como resignada y paciente, con sus horizontes ilimitados, llenos de vida y de luz, con las glorias y leyendas de una raza heroica, «almogávar ayer, hoy campesina», que un día pudo dominar al orbe; los asuntos religiosos en su infinita variedad, tan injustamente olvidados como fecundamente perennes, han sido la fuente principal de la inspiración lírica y descriptiva del Padre del Valle Ruiz. Dos cuerdas han vibrado en su lira, y en dos géneros podemos agrupar las manifestaciones de su poderoso numen; en aquel en que el alma del poeta se desborda con toda la ingenua sencillez sublime del sentimiento cristiano, y en aquel otro en que se eleva á alturas adonde no es dado á todos ascender, y desde las cuales resuena con la entonación y el brío de la lira de Quintana y la majestad solemne de la de Núñez de Arce.

En mi humilde opinión, una de las cualidades más excelentes del poeta agustino, es que no decae en ninguna de sus composiciones: al crítico más escrupuloso le será difícil señalar en ellas un verso prosaico. Aun tratando asuntos vulgares é ideas comunes, el poeta los expone con tal unción cristiana en el fondo y tal delicadeza artística en la forma, que hace vibrar las cuerdas del alma del lector, en lo cual consiste la verdadera poesía lírica. *Aspiración, Alborada, Sol de Oriente, Misericordia* y otras, pertenecen á esta clase, y de ellas entresaco los ejemplos que siguen para confirmar lo dicho mejor que con palabras, y para que se vean la sencillez y la ternura, unidas á la admirable flexibilidad de la rima y el metro.

El poeta dice á la Virgen:

¡Deja que en sus pesares tu amor implore
Quien de tu amor tan sólo la dicha espera:
Mira que si tú tienes quien más te adore,
Yo no tengo otra madre que más me quiera!

Ó estas otras plegarias al Señor:

¡Brilla, oh, mi Dios! que si anochece el mundo,
Su himno de amor renovará mañana.
¡Mas si anochece el alma y tu hora llega,
No espere, no, cantar la luz del alba!

.
¡Tú lo sabes, Señor, tras de la muerte,
Sólo los que te amaron te amarán!
¡Y si, al morir, mis ojos no han de verte,
Nunca á verte mis ojos volverán!

Esta dulce poesía mística, saturada de las tristezas
y esperanzas celestiales que tiene el hombre desterrado
en el valle de las lágrimas,

Con arrobos de amores divinos,
Con hervor de ternuras sin tasa,
Con suspiros que hienden las nubes,

.

fluye apacible y serena en el romance *Alegrías de la muerte*, y sobre todo el titulado *¡Amor!* El mundo, acostumbrado á oír los gritos lascivos de la concupiscencia de la carne y de la sangre, quizá no llegue á comprender «cómo vibra esta frágil arcilla» que envuelve á el alma humana al soplo del amor infinito: pero

bueno es alguna vez presentar á sus ojos la vida santa de los justos, llena del fuego que Jesucristo trajo á la tierra para abrasarla y purificarla de las escorias que cubren su superficie y la impiden recibir el rocío fecundador de lo alto.

Una de las composiciones más sencillas y sentidas, es la de *La Golondrina*. El poeta se apodera del asunto que la hermosa leyenda tradicional le ofrece; y de tal modo le expone, que no se sabe qué admirar más, si el raudal del sentimiento que circula por ella y embriaga el corazón y el alma del lector, con inefable suavidad y ternura evangélicas, ó la portentosa variedad del metro y el lenguaje con que recrea dulcemente los oídos. El poeta describe en la parte primera, con todos los detalles de un ornitólogo, á la alegre y simpática avecilla,

Que allá, en las cruces del cementerio,
Llora á los muertos que nadie llora,

y entabla, en la segunda, el siguiente tiernísimo diálogo entre la golondrina y la Madre del Redentor al pie de la cruz:

No le mires, Virgen pura,
No llores ante Él, le dije,
Que más que su desventura
Le apena el ver la amargura
Que tu corazón aflige!

.

Y la Virgen contesta:

Golondrinita hermosa
 De azul plumaje,
 Voladora avecilla
 De dulce canto,
 Duro es que de mis ojos
 El llanto ataje;
 Pero dejar de verle...
 ¡No puedo tanto!...

Yo oí recitar esta poesía á un alumno del Real Colegio de Alfonso XII, en una distribución de premios, presidida por un Obispo, y vi las lágrimas en los ojos del Prelado y de muchos espectadores al terminar la canción con este rasgo final:

Y al dejar para siempre
 La Ciudad Santa,
 Al tornar por los campos
 De Palestina,
 Dicen que gime un Ángel
 En mi garganta,
 Y es que canta llorando
 La golondrina.

Más aún: así como detestamos la poesía modernista, entre otros motivos por desequilibrada y pedantesca, también debemos clamar contra los versos insulsos y pedestres, sin inspiración ni gusto literario, ni sentido común que se leen en muchos libros de devoción y se cantan en las Iglesias, y que harían correr á los santos, si los santos pudieran sufrir tales pedradas. Pues bien: el lector verá en este tomo de poesías una *Cantiga* y un *Himno* en loor de la Virgen, que por su sencillez y

belleza artística no desmerecen del conjunto y pueden leerse ó cantarse en cualquier templo sin que se amortigüe el fervor religioso de los fieles, como no acontece con los versos «carullescos» á que hacíamos referencia.

Pero si la lira del P. del Valle suena en estas composiciones con el rumor de brisas apacibles, también tiene otra cuerda que vibra al influjo de vientos poderosos y resuena, ya lo dijimos, con pompa y majestad. *En la cumbre de Miramar*, los alejandrinos recuerdan los de *Las nubes*, de Zorrilla, ó los de *Hipatia*, de Emilio Ferrari. Los que hayan tenido la dicha, como nosotros, de subir á la alta cima de aquella cumbre, y gozar del espectáculo grandioso que desde allí se ve en dilatado y encantador panorama, formado por el mar, la tierra y el cielo, comprenderá la exactitud en la pintura del espléndido paisaje, proporcionada á la realidad, y que, como todas las maravillas del Universo, «cantan la gloria de Dios» que allí se siente más de cerca.

En *Tota Pulchra*, al lado de Adán pecador,

Que abrió los labios... y exhaló un sollozo,
Volvió los ojos... y se halló desnudo,

se destaca bella, hermosa, gentil y radiante la figura de la Inmaculada con todos los encantos de los cielos y todas las esperanzas de la tierra. Para mí no es la mejor esta poesía, en la cual hay más imágenes que pensamientos y más palabras que ideas; y tengo por más excelentes los dos fragmentos, sobre todo el primero, de *La Conversión* de San Agustín y la titulada

Viernes Santo. Aquí se eleva el P. del Valle á la altura de los grandes poetas castellanos hablando su misma lengua, con iguales acentos viriles y en iguales estrofas cinceladas, armoniosas y rotundas. La descripción de Milán gentil y Milán cristiana; la magnificencia de las fiestas idolátricas, con sus histriones, esclavos, lictores y matronas sensuales; el rugido de las panteras y de los tigres hambrientos; el clamor de la muchedumbre y el espectáculo del circo, y, formando contraste doloroso, la augusta majestad del templo cristiano, la voz irresistible de San Ambrosio, estremeciendo á un pueblo entero que pide piedad y misericordia; la presencia de Aurelio Agustín, el análisis psicológico de su alma de gigante y las tormentas de su pecho, el combate horrible que libran en él los apetitos desbocados y la gracia divina; las visiones encantadoras que le asaltan y la austeridad santificante de la Cruz que se le muestra en el altar; el sublime monólogo en que expone sus miserias reales, sus glorias desvanecidas, sus laureles marchitados, su corazón hecho pedazos, y en que su alma sedienta, con la sed abrasadora de lo infinito, reclama, como David, desde la profundidad del abismo inconmensurable, el auxilio de Dios que le puede salvar... todo está expresado y sentido con el calor vibrante de la emoción estética, y hace de esta poesía una de las mejores que escribió el P. del Valle Ruiz. Lástima será que no tenga una tercera parte.

Y no la es inferior, ni en el fondo ni en la forma, la titulada *Viernes Santo*. Si aquellos versos de la primera:

Entre cánticos, risas y amenazas,
 Como el revuelto mar, la plebe inquieta,
 Ruge y se extiende por las anchas plazas,

pueden compararse con algunos de Núñez de Arce, por su nervio y robustez; los de esta segunda, por la entonación solemne, la cadencia, el vigor y el sonido, no desmerecen de los de Quintana ó Emilio Ferrari en su *Pedro Abelardo*. Véase la muestra.

El poeta describe la ciudad de Jerusalén, y la apostrofa de este modo:

¡Astro de Oriente, de sin par belleza,
 Que irradiaste en la Historia y en el Arte
 Luz de gloria inmortal; en tu grandeza
 Sólo la voz de Dios pudo cantarte!

.

Mas ora ya en tus muros,
 De tu roto poder signos oscuros,
 Pende la hiedra que arraigó en las grietas.
 Madre de Sacerdotes y de Reyes,
 Solar de Patriarcas y Profetas, etc.

La descripción de la Pascua de los ácidos es tan hermosa, que cualquiera de los poetas que antes cité la podía subscribir.

Del torrente Cedrón en las riberas
 Y á la sombra de altísimas palmeras
 Que el blando aliento de la brisa mece,
 De nuevo alza Israel sus tabernáculos
 Do apresta cada tribu sus cenáculos
 Y el blanco pan del holocausto cuece...

.

Las brillantes imágenes se suceden sin interrupción; al esplendor de la fiesta á donde acuden las errantes muchedumbres que descienden de Sión y de Betania, al himno de los Profetas que resuena como nunca á través de los siglos, al coro de las Vírgenes sulamitas y al vocerío de las gentes, mezclado con el balido de los recentales sin mancha, siguen los alaridos de la cólera del pueblo deicida, el clamor de la trompa funeral, y van desfilando el Sanhedrín, el Pretorio, la calle de la Amargura, y por último los siniestros resplandores del Calvario con la Cruz, de la cual pende el siempre adorable Redentor de la humanidad. Junto á Él se ve á su Madre Santísima, á quien dirige el poeta este apóstrofe que arranca lágrimas:

¡Llora, Madre infeliz, que abre tu llanto
 Las fuentes del amor y la dulzura:
 Grande es, sí, como el mar tu desventura,
 Y amargo, cual sus aguas, tu quebranto!
 Mas sigue tras Jesús, que no infecundo
 Será en la tierra tu dolor profundo.
 ¡Sobre ese mar de inmensos desconsuelos,
 Volverás, oh paloma de los cielos,
 La oliva de la paz mostrando al mundo!

Tengo la esperanza, lector amigo, de que si no conocías al agustino P. del Valle, sólo con lo que yo pude decir y los versos que acabo de presentarte, creerás firmemente ahora que es un poeta de los pocos que á la fecha hay en España. Si me preguntas á qué escuela pertenece y qué lugar ocupa en esa escuela, te

diré sin vacilar que á la llamada salmantina (ó á una de las dos escuelas salmantinas que admiten algunos críticos), en la cual tuvieron puesto glorioso Ferrari y Gabriel y Galán, aunque los matices y los tonos de la poesía de cada uno sean diferentes, como son los celajes de la aurora y los trinos y gorjeos de las aves que cantan. Muertos estos, el P. del Valle es uno de los mejores discípulos de esa escuela, y quizá el que mejor la representa. Lástima es que no haga más de lo que hace.

Evidentemente se ha inspirado en algunas de las composiciones de esos y otros poetas célebres; así, v. gr., *Mi Tierra y Tota Pulchra* despiertan el recuerdo de alguna de Gabriel y Galán, y el *Idilio* de Núñez de Arce; *Misericordia* y *La Golondrina* se parecen á otras de Federico Balart y de Grilo; *Viernes Santo* y *La Conversión*, al *Pedro Abelardo* y á la *Visión de Fr. Martín*. Pero la reminiscencia y la semejanza no excluyen la originalidad: en materia de arte parece casi universal la ley «de beber en vaso ajeno el vino propio», y á los más insignes poetas del mundo se les pueden ir señalando con el dedo las fuentes de su inspiración, ó los espectáculos ó libros que tuvieron delante de los ojos ó la memoria, al escribir sus obras maravillosas: «todos fueron más ó menos imitadores, sin perjuicio de ser originales». La inspiración viene á ser como divina antorcha que de poeta á poeta corre, se enciende, dilata y propaga como el flúido eléctrico; y así como éste adquiere tanto mayor brillo cuanto mayor resistencia encuentra á su paso, así aquella resplandece y fulgura con más inten-

sidad cuanto mejor y más consistente es la arquitectura anatómica del cerebro que la recibe.

En suma: el P. Restituto del Valle Ruiz, es un gran poeta: tendrá sus defectos, como todos, y nosotros no hemos de negarlo porque no nos ciega la amistad ni el compañerismo. Mas á pesar de los defectos, las composiciones de este libro son hermosas. Con la publicación de ellas, está de enhorabuena la Orden agustiniana, porque ve que no se interrumpe la cadena de oro de su tradicional poesía, cuyo primer anillo arranca de Fr. Luis de León; lo está la literatura castellana, porque en medio del matorral modernista de plantas inodoras, insípidas é insaboras como invaden su campo, puede regocijar su olfato y sus ojos con estas vistas flores de delicado perfume; y también lo están la sociedad y la Religión, porque este libro es un libro de mística puesto en verso, para hacer que el alma de los lectores, asaltada frecuentemente por los murmullos de pérfidas sirenas, se eleve á Dios, librándose de la corrupción y el envilecimiento en una época donde se olvida toda idea de moral y de virtud.

P. ZACARÍAS MARTÍNEZ NÚÑEZ

O. S. A.

Real Colegio de El Escorial, Marzo de 1908.



Al Excmo. Sr.

D. Marcelino Menéndez y Pelayo

DEDICATORIA

«Puso Dios en *tus* cántabras montañas
Auras de libertad, tocas de nieve
Y la vena del hierro en sus entrañas;
Tejió del roble de la adusta sierra
Y no de frágil mirto su corona;»
Y en sus agrestes y opulentos valles,
Do alienta el genio secular y austero
De la vieja Cantabria, mora oculta
La raza que conserva el heroísmo
Y el alma de otra edad: la raza fuerte

Que apacienta su espíritu y sus ojos
En la áspera visión de lo sublime;
La que endurece su robusto brazo,
Arrostrando el rigor y los embates
Del huracán y el mar; la que no tiembla
Cuando desata el temporal bravío
Sus galernas, y avanza, desplegando
Sobre el tumulto hirviente de las olas,
Todo el trágico horror de la borrasca.

Raza entera y viril, que al dulce arrullo
Del canto maternal, oye en la cuna
Ya el clamor fragoroso de la selva
Que encrespa airado el viento, y cuyas voces,
Al quebrarse en los agrios peñascales,
Vibran como el enérgico alarido
De inmensas muchedumbres que prorrumpen
La voz del frenesí; ya el ronco estruendo
Que mueve el mar, cuando sus blancas olas
Se lanzan en tropel á la ribera,
Y asaltan, impetuosas, las rompientes
Y se despeñan en raudal de espumas...

Digna raza de ti, cuya alma heroica,
También curtida en vientos y borrascas,

Muestra el vigor del cántabro indomable,
El recio temple y majestad austera
Que en el ánimo infunde lo sublime,
El ímpetu y ardor del combatiente
Y del genio el poder.

Como ancho río
Que nace en las entrañas de la patria,
Y entre el rumor de sus sagradas ondas
La voz del alma nacional difunde,
Así brotan sin tregua de tu mente,
¡Oh cántabro inmortal! las aguas vivas
É intensa plenitud del pensamiento;
La rica savia del sentir castizo,
Que lleva á los espíritus exhaustos
El hirviente raudal de sangre virgen;
El estro varonil que engendra fuertes
Y el manantial ubérrimo y fecundo
De tu inmenso saber. Rey de la idea,
Todo lo abarca y lo domina todo
Tu genio vencedor; todo resurge,
Rico de luz, de vida y de hermosura,
Á la voz y al imperio soberano
Del numen que habla en ti. Tú vaticinas
Sobre los huesos áridos; tú evocas

Los héroes y las glorias venerandas
Que una raza de ingratos dió al olvido
Ó escarnece en sacrílegos recuerdos;
Y ¡oh! ¡cuán bella, y espléndida y sublime,
Como al canto de Orfeo en la leyenda
Los pueblos y ciudades, reaparece
En tus obras la patria! Siempre grande,
Y siempre en el dolor grande y sagrada.
¿Quién tan ciego ó cruel que renegando
Sus ternuras de madre y su heroísmo,
Desgarra sus entrañas con ultrajes
Y, cual nuevo Esaú, vende su herencia?

¡Gloria á ti! campeón de nuestras glorias,
Debelador de monstruos, é invencible
Paladín de tu raza y de tu gente;
Genio restaurador, por quien se cumplen
Los prodigios de Anfión y de Teseo.
¡Feliz mil veces tú, grande entre grandes
Y fuerte entre los fuertes! ¿Qué destino
Más alto puede ennoblecer la vida,
Que concentrar el corazón y el alma
De todo un pueblo, vindicar su nombre,
Cantar su gloria y combatir por ella;

Y difundir en épicos acentos
El patrio honor, la tradición fecunda
Y alientos de esperanza y de heroísmo;
Y luchar y vencer, trazando el rumbo
Del ideal, cuya visión enciende
La sed de los amores insaciables
Y abre el alma á la voz de lo sublime?

Esa es tu suerte sin igual; el cielo
Digno te halló de tan excelsa gloria;
Y puso en ti, cual signo del que viene
En nombre del Señor, la fe robusta,
Madre de combatientes, rica herencia
Del sano corazón y de alma sana;
La entereza magnánima y el noble
Ardimiento del héroe; la firme
Intensidad y elevación del genio
Que vió la luz de Dios, como el profeta,
Y el sol del ideal lleva en su mente;
Y ese poder triunfante y soberano
Del águila que en ímpetu tranquilo
Hiende con ala inmóvil las alturas.
Pródiga el arte te brindó sus dones
Y te abrió sus espléndidos tesoros;
Sus áureos templos franqueó la ciencia

Al árbitro y cantor de sus misterios;
Y en el himno inmortal con que enalteces
La fama y el honor de nuestras glorias,
Alienta el corazón de un pueblo heroico
Y habla en tu voz el alma de la patria...

Sabio maestro de una edad y ejemplo
Del héroe triunfador en la palestra;
Cruzado y almogávar invencible
De la verdad y del honor; artista
Y cantor inmortal de nuestra historia;
Hijo feliz de la Cantabria fuerte,
Genio excelso y viril, en quien se adunan
«Mente pelasga y corazón romano»,
El brío intenso y la razón severa,
Y el alma de otros siglos con el numen
Que abre la ruta de ignorados mundos:
¡Feliz mil veces tú! cuyo alto nombre
Es la enseña y blasón de los que luchan,
Y su amor es también: con la esperanza
Siempre está el corazón. Si plugo al cielo
Que se eclipsara el sol de nuestra gloria;
Si arrebataron la doblez y el odio
Cuanto olvidó en sus iras la tormenta,

Adoremos á Dios que alza y humilla
Con santa ley y con amor de padre.
Mas ¿quién nos dió por muertos? ¿Quién fué el hombre
Que nos borró del libro de la fama?
—Bárbaro vencedor, nuevo sicambro,
Inclina tu cerviz; tuyo fué el triunfo,
Mas no lo fué el honor; tienes la fuerza,
Tienes el oro, pero no la historia.—
Cuando enhiesta en el mástil del crucero
Se hundió la enseña nacional que un día
El soplo del Señor llevó á sus playas,
Más grande, más hermosa y más potente
Que subyugando imperios y legiones,
Tú haces surgir al soplo de tu numen
La España triunfadora de los siglos,
La reina de los mundos de la idea,
Sembradora de luz, madre fecunda
Del arte, de la ciencia y de la gloria:
La amazona inmortal del pensamiento
Que en la historia marcó su itinerario
Con estela de eternos resplandores,
Y hoy conserva en las cuerdas de su lira
La voz de las edades, y en el alma
La herencia secular del heroísmo.

Feliz mil veces tú, grande entre grandes,
Que evocas y restauras y enalteces
Nuestra gloria y honor. Yo te saludo,
¡Oh fuerte entre los fuertes! ¿Quién no admira
El poder de tu ingenio soberano
Y el épico ardimiento de tu numen?
¡Oh, mi guía, mi luz y mi maestro!
Acoge con amor la humilde ofrenda
De estas canciones en que puse el alma.
Son ofrenda de pobre; ruda y débil
Resonará mi voz en tus oídos;
Mas también la avecilla de los campos,
Á quien negó su acento la armonía,
Celebra en sus monótonos cantares
La gloria y esplendor del sol de Oriente.
Unamos nuestra voz y nuestras almas,
Que juntos combatimos; y en las lides,
¿No se agolpan al pie de una bandera
El obscuro soldado y el caudillo?
Desigual es la fuerza; mas ¿qué importa?
Nuestra causa es común, igual la lucha,
Y uno mismo el amor: Dios y la patria.

R. DEL VALLE RUIZ



ALBORADA

¡Excelsior!

P

OETAS, que anunciáis en vuestros cantos
Las hermosas y alegres alboradas:
Las que irradian la luz del sol de Oriente,
Las que entrevé, más alto, la esperanza;
Poetas del amor y de la vida,
Que lleváis, como signo de alta raza,
La voz de la armonía en vuestros labios,
La luz del ideal en la mirada,
El ósculo del genio en vuestra frente
Y el ósculo de Dios en vuestras almas...
Vosotros los que, en éxtasis divinos,
Vislumbráis las visiones soberanas
Y hendéis la inmensidad del pensamiento



Con la sublime majestad del águila;
Los que heredasteis el ardiente espíritu
De los profetas del Señor y el arpa
En que vibran los himnos de la gloria,
De la fe, del amor y de la patria:
Alzad la voz del canto,
Y en el canto la voz de la esperanza;
¡Excelsior! hijos de la luz ¡excelsior!
Rompa el himno triunfal de la alborada,
El que anuncia la aurora de la vida
Y la aurora de Dios anuncia al alma...

Cuando en noches de trágicas angustias
Tiende el genio del mal sus negras alas,
Y muda, bajo un cielo sin estrellas,
Huye la inspiración, buscando el alba;
Cuando la musa del brutal escarnio,
Cual furiosa bacante desgarrada,
Brinda en su copa el vino del oprobio
Y ultraja á Dios y á su nación ultraja;
Y muere el santo amor que da la vida
En la ignominia del amor que mata,
Y al tedio universal, al hondo hastío
Que asalta las conciencias deshonoradas,
Responden el rugido de unos odios

Que del tigre fundieran las entrañas,
El clamor de amarguras sin consuelo,
Los gritos del dolor sin esperanza,
La voz del frenesí, ronca y vibrante,
Que en las grandes catástrofes propaga
El horror infinito de la vida
Y la ansiedad inmensa de las almas;
Cuando triunfa el escándalo sin lucha
Y Dios se eclipsa y el terror se agranda,
¡Bendito aquel que viene
En nombre del Señor! Gloria y hosanna
Al que anuncia la paz entre los hombres,
Y al dolor de la vida la esperanza,
La gloria al mártir y al que muere amando...
¡La luz de las divinas alboradas!
¡Bendito el que sin iras ni flaquezas
Y afrontando el furor de la borrasca,
Canta al Dios que cantaron nuestros padres,
Canta la cruz en que ellos nos dejaron
Todo su amor en el postrer suspiro,
Para que ella á sus hijos hermanara
Y, al besarla, aspiraran en un beso
La fe de Dios y el alma de la patria!...
¡Bendito aquel que en su cantar difunde

El genio austero y fuerte de su raza,
La ingenua voz del sentimiento virgen,
La vida y el amor de su comarca:
Todo lo santo que su pueblo adora,
Todo lo grande que su pueblo canta:
El alma nacional, rompiendo en himnos
Y radiando esplendores de alborada...

¡Poeta! Si eres digno de este nombre
Y el pacto de Esaú tu honor rechaza;
Si vibran en tu voz la voz del genio, —
Corazón español y alma cristiana,
Alza tu noble acento tú que vienes
En el nombre de Dios y de la patria...
Hienda los aires tu cantar sublime
De fe, de amor, de gloria ó de esperanza;
Sea hirviente raudal de intensa vida,
Que infunda al viejo tronco nueva savia,
Aura primaveral que abra las flores
Y el fecundante amor lleve en sus alas.
Canta, poeta; y tu viril acento
Devuelva á la conciencia aletargada
Hervor de juventud, épicos bríos,
Fiebre de inspiración y ardientes ansias,

Y el recio temple de las almas grandes,
La fe robusta de las almas sanas;
Y á la mente la luz de lo infinito
Y al arte sus visiones arrobadadas,
Y el hierro de la idea al pensamiento
Y el hierro de la sangre á las entrañas.

¡Excelsior! hijos de la luz ¡excelsior!
¡Alzad la inspiración y alzad el alma!
Cantad al corazón los dulces cantos
De la fe, del amor y de la patria;
Los himnos de la vida y de la gloria,
El cántico triunfal de la alborada.
Cantad, cantad, poetas,
La luz del ideal tres veces santa;
Conducid á la tierra prometida
Del desierto la errante caravana.
¡Todo menos morir en el oprobio
Ó en ocio estéril que envilece y mata!
Lucha es la vida; ¡paso al combatiente
Que ama el vivir y acude á las batallas
Del trabajo que templa y vigoriza
Los cuerpos y las almas!...
¡Paso á la vida! empuñe nuestra mano

De la lucha la insignia sacrosanta;
Empuñe su mancera el campesino,
La pluma el sabio y el cantor el arpa,
Su cetro el rey, la cruz el sacerdote
Y el héroe la bandera de la patria...
¡Á luchar y á vivir! ¡Baldón y mengua
Al desertor de la común batalla!
¡Excelsior! hijos de la vida ¡excelsior!
Alzad el corazón y alzad el alma,
Dejad que el polvo se convierta en polvo,
Desgaje el hacha la podrida rama,
Que los muertos entierren á sus muertos
Y que engendren infames las infamias.
¡Á luchar y á vivir! ¡Cantad la vida
Que cree y espera, que combate y ama,
Que arrostra las fatigas del trabajo
Y arrostra el temporal de la borrasca!
Hija de fuertes y de fuertes madre,
Noble y viril, pacífica y honrada,
Ni se rinde ni tiembla; y en la lucha
Su juventud renueva como el águila.
¡Paso á esa vida que trabaja y ora,
Que lleva en sí la majestad humana,
La imagen de su Dios en la conciencia,

Entusiasmo y amor en sus entrañas,
Y arriba, por corona, el sol del cielo
Y más arriba el sol de la esperanza...

Poetas, que anunciáis en vuestros cantos
La luz de las divinas alboradas,
Las radiantes auroras de los cielos,
Las divinas auroras de las almas,
Cantad la vida que trabaja y ora,
Que cree y espera, que combate y ama;
Cantad la vida en su humildad sublime,
Cantad la vida que á su Dios avanza,
La que al morir refleja en sus pupilas
¡Salve, vida inmortal! la luz del alba.

THE

LIBRARY

OF THE

UNITED STATES

DEPARTMENT OF

THE ARMY

AND

NAVY

WASHINGTON

1864

1864

1864

1864

1864

1864

1864

1864

1864

1864

1864

1864

1864

1864

1864

1864

1864

1864

1864



¡MISERICORDIA!

Madre del alma mía,
Reina del cielo,
Estrella del consuelo,
Virgen María;
De amor y de ternura
Símbolo santo,
Madre de la amargura,
Madre del llanto...

Tú que sabes las penas del alma herida
Cuando el cáliz apura del desconsuelo;
Tú que sabes, oh, Madre, lo que es la vida,
Cuando la angustia mata y el mundo olvida
Y no se halla la senda que lleva al cielo...
Tú que para apiadarte del que te implora

Y entender toda el ansia de sus clamores,
Naciste en una patria donde se llora,
Y allí fuiste la reina de los dolores...

- Vuelve, Madre del alma, vuelve tus ojos
Al que gime en este hondo valle de abrojos;
Mira al que ya sus fuerzas siente agotadas,
Y al cruzar esta tierra de desventura
Va dejando en la calle de la amargura
Un sendero de huellas ensangrentadas:
Acude al que, anhelando ganar la altura,
Su esperanza y sus ojos levanta al cielo,
Y te habla con las ansias de sus miradas
Y te implora en la angustia del desconsuelo...

Si ingrato tus amores olvidé un día,
¡Heme á tus pies, oh, Madre del alma mía!
Grande es mi desventura, mayor mi afrenta,
Mas á tus plantas llego, pobre y vencido,
Cual, mostrando el estrago de la tormenta,
• Llega el náufrago al puerto y el ave al nido.
Náufrago de la vida, tan sólo tengo
Soledad y amarguras... pero á ti vengo:
Deja que en sus pesares tu amor implore
Quien de tu amor tan sólo la dicha espera;
Mira que si tú tienes quien más te adore,

Yo no tengo otra madre que más me quiera.

Madre de Dios y el hombre, Virgen María,
Feliz por siempre el alma que en ti confía.

Tú eres gozo del triste, luz de la tierra,

Madre cuyo cariño la dicha encierra;

Tú eres refugio al alma desamparada,

Y astro que de los cielos muestra el camino,

Que templá las angustias del peregrino

Y endulza las fatigas de la jornada;

Tú eres del que te invoca salud y vida,

Manantial de dulzura jamás sentida,

Puerto del infortunio y único abrigo

Al que en sordos combates lucha consigo;

Iris de la esperanza, cuya presencia

Presta vigor al débil, luz á la mente,

Y aplaca los furores del mar rugiente

Y amansa las borrascas de la conciencia,

Y amor que nunca engaña, que nunca olvida,

Que da la paz al alma con el consuelo,

Que triunfa de la muerte, que da la vida:

Bálsamo á toda pena y á toda herida,

Esperanza en la tierra, gloria en el cielo...

.

Amame, Virgen pura, vuelve la calma

Al que implora la gracia de tu amor santo,
Y el corazón entero te da en su llanto
Y en amargos sollozos te entrega el alma.
De la paz y la dicha muestra el sendero
Al que hieren los odios de la discordia;
No olvides, no, que fuiste mi amor primero:
¡Oh, amor del alma mía! sólo en ti espero:
¡Misericordia! Madre ¡misericordia!



LA GOLONDRINA

La vuelta

Mirad... cruzando — la mar vecina,
Como las auras — de Abril, ligera,
Cantando vuelve — la golondrina,
Cantando vuelve — la primavera.
Vedla, cuál ronda — con rumbo vario
La pobre aldea — donde ha nacido,
La cruz bendita — del campanario
Y el viejo alero — que guarda el nido;
Y torna y huye, — sube y descende,
Canta y suspira, — grita y gorjea,
Ya el aire en ágil — ímpetu hiende,
Ya, abierta el ala, — se balancea.



Ya en raudos giros, — torciendo el vuelo,
Va, calle arriba, — rozando el suelo,
Y alegres trinos — su voz murmura;
Ya, como un alma — que sube al cielo,
Salva, cantando, — la inmensa altura;
Y allá, en la calma — de lo infinito,
Ebria de gozo, — de luz, de vida,
Lanza á los aires — triunfante grito,
Y errante vaga, — como perdida.
Ora desciende — y el vuelo enfrena
De alto castillo — sobre la almena;
Ora en la torre — de antigua ermita
Pliega sus alas, — y solitaria,
Cual voz de un ángel, — Virgen bendita,
Te eleva el canto — de su plegaria;
Y cuando ufana — cruza el paisaje
Y alza en los aires — su alegre trino,
Brilla en reflejos — su azul plumaje,
Y al dulce ritmo — de su lenguaje
Canta en los campos — el campesino.
Ella en el lago — revolotea
Y sobre el limpio — cristal resbala,
Y entre las aguas — gira y rastrea
Y, ansiosa, grita — mojando el ala.

Ella en los claustros — del monasterio
Bendice al alma — que á Dios adora,
Ella en las cruces — del cementerio
Llora á los muertos — que nadie llora...
Y mensajera — de la alegría
Ronda las puertas — de los hogares,
Luciendo airosa — su bizarría
En sus revuelos — y en la armonía,
Dulce y alegre, — de sus cantares.
Y amiga siempre — de luz y flores,
Y siempre ufana, — gentil, ligera,
Vuela, cantando — nuevos amores,
Vuela, cantando — la primavera.

La canción de la golondrina

Avecilla peregrina,
Vengo de tierra africana;
Soy la que arrancó la espina
Que la ingratitud humana
Clavó en la frente divina.

Oid, oid: aquel día,
Jesús en la cruz pendía
Y el sol ocultó su luz:
Triste, la Virgen María
Lloraba al pie de la cruz.

Muda de tanto sufrir,
Veía al Hijo expirar,
Sin poderle consolar,
Sin poder con él morir,
Sin dejarle de mirar...

«No le mires, Virgen pura;
No llores ante él, le dije:
Que más que su desventura
Le apena el ver la amargura
Que á tu corazón aflige.»

—

«Golondrinita hermosa,
De azul plumaje,
Voladora avecilla,
De dulce canto,
Duro es que de mis ojos
El llanto ataje,
Pero dejar de verle...
¡No puedo tanto!
Muere con él mi gloria,
Mi luz, mi vida;
Muere el amor más dulce
De los amores:
Si tú sabes la angustia
De un alma herida,
Ve si hay dolor más grande
Que mis dolores...
Canta, avecilla, canta

Tiernos cantares;
 Canta y endulza el duelo
 De su agonía;
 Que al pensar que le aflijo
 Con mis pesares,
 No hay pena, no, que iguale
 La pena mía...»

.
 Así triste la Virgen
 Gimió angustiada,
 Y se abrazó al madero,
 Desconsolada.

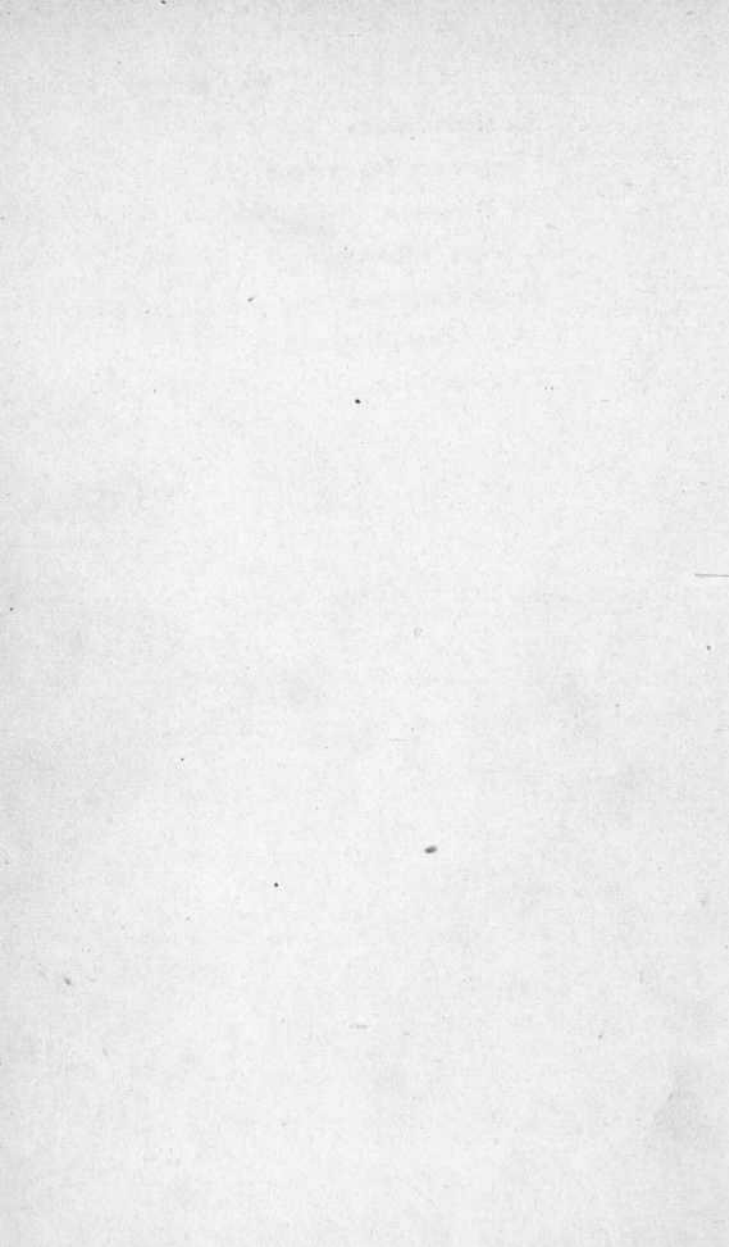
.
 «¡Pobre madre!—exclamé con un grito
 De amor y ternura;—
 Grandes son, como el mar, los abismos
 De tu desventura.
 Pero yo arrancaré, si tú quieres,
 Las duras espinas
 Con que, ingratos, rasgaron los hombres
 Las sienes divinas;
 Volaré, con mis alas abiertas
 Rozando su frente,
 Y enjugando la sangre que tiñe

Su rostro inocente;
Yo, al pasar, besaré sus heridas,
Cortando mi vuelo,
Y porque oiga una voz, en su muerte,
De amor y consuelo,
De la Cruz en los brazos posada,
Si no con el llanto,
Lloraré... como lloran las aves,
Que endulzan su canto.
Pero dame—añadí—como emblema
De tus amarguras,
Una túnica blanca y un manto
De plumas oscuras;
Deja, sí, que al besar aquel rostro,
Tan dulce y tan bello,
Quede impresa con gotas de sangre
Su corona en mi frente y mi cuello.»

Y así fué: ya, por siempre,
Son mis colores
Los que lleva la Virgen
De los Dolores:
Una túnica blanca,

Cual la pureza;
 Un manto con el luto
 De la tristeza;
 Y de sangre divina,
 Cual santo sello,
 Una gota en la frente
 Y otra en el cuello.
 Por eso es siempre el mismo
 Mi itinerario:
 Desde el África á España,
 Luego, al Calvario.
 Yo recorro mil veces
 La *sacra vía*,
 Y otras mil voy al Huerto
 De la *agonía*;
 Cruzo la calle triste
 De la *amargura*,
 Y de Jesús adoro
 La sepultura;
 Yo en las sendas que siguen
 Los peregrinos,
 Voy ante ellos, orando
 Con suaves trinos;
 Y al dejar para siempre

La ciudad santa,
Al tornar por los campos
De Palestina,
Dicen que gime un ángel
En mi garganta,
Y es que canta llorando
La golondrina...





MI TIERRA

«Olvídeme de mí si te olvidare»,
Patria del alma, castellana tierra,
Solar y templo de la fe sencilla,
De honrada paz y varonil grandeza.
Olvídeme por siempre de mi mano,
Pegada al paladar quede mi lengua,
Si, cantando otro amor, profano el tuyo,
Ó si, nuevo Esaú, vendo mi herencia.
Flor de tu vida y fruto de tu rama,
Siento en todo mi sér que el tuyo alienta;
Ni te puedo ultrajar sin que me ultraje,
Ni me puedo querer sin que te quiera;
Odia mi nombre, si reniego, ingrato,
De tu sangre y amor, tu fe y tu lengua,

Y olvídeme de mí si te olvidare,
¡Oh, patria mía, ^{la española} castellana tierra!

Dios puso en ti los amplios horizontes
Y la espléndida atmósfera serena,
Los ámbitos de inmensas lejanías,
La fértil loma y la anchurosa vega;
Y el cielo siempre azul y el sol brillante,
Los diáfanos espacios sin fronteras,
La fecundante luz que aviva el germen,
Los aires puros que la mies olean:
La hermosura y la gloria de los cielos,
La majestad de la planicie abierta...
¡Oh, campos de ^{españoles} Castilla!
¡Oh, campos de mi tierra!

no Donde el fresco verdor en anchas olas
Al suave aliento de la brisa ondea,
Y se alzan entre viñas y sembrados,
Sin perderse de vista, las aldeas,
Que parece que se hablan y comparten
Sus amores, su júbilo y sus penas,
Cuando á la vez repican las campanas
En las torres de todas las iglesias:
Allí, sin valladares de altos riscos
Que el cielo ocultan y en el alma pesan,

Ebrio de luz, de inmensidad, de vida,
Libre, como la alondra volandera,
Se huelga el corazón en horizontes
Que inunda el sol de claridad intensa;
Allí el alma, en presencia de lo grande,
Cobra alientos sublimes de grandeza;
Allí se siente á Dios... y al hombre anuncian
Con solemne quietud su gloria eterna,
La inmensa majestad de lo infinito
Y el resplandor del cielo y de la tierra...
Olvideme de mí si te olvidare,
¡Oh, patria tan hermosa como buena!

Digna de ti, cual sangre de tu sangre,
Cual hija de tu gloria y tus creencias,
Como amor de tu amor y alma de tu alma,
Nació la musa de la patria nueva;
La que ensalzó los triunfos de los héroes
Y del viejo castillo las tragedias,
La ermita de la Virgen milagrosa
Y el firme amor de la gentil doncella;
La que en sus metros de *cuaderna via*
Infundió de una edad el alma entera,
La que al son del *romance paladino*
Trocó en patria los campos de pelea;

La noble musa á quien prestara el cielo
Temple viril, inspiración austera,
La ingenua sencillez de lo sublime,
La voz de la verdad en frase eterna,
Y el canto en que habla el corazón de un pueblo
Y el himno ardiente de la fe sincera,
La humana voz del sentimiento humano
Y el alma virgen de las razas nuevas;
Y á su mente los graves pensamientos,
Y á su arpa el brío del cantar de gesta,
Y á su acento los épicos relatos
Y á su numen la flor de la leyenda:
Olvídeme de mí si te olvidare,
Musa noble y sencilla de mi tierra.

¡Oh! Los que amáis la majestad sombría
De un pueblo sin orgullo ni flaquezas,
Que sufre y calla, que trabaja y ora
Y que lucha con fe y en Dios espera,
Contemplad en los campos castellanos
Al hombre de mi tierra.

Almogávar ayer, hoy campesino,
Vástago de la ermita y de la almena,
De recia y varonil musculatura,
De grave porte y condición austera,

De sano corazón y de alma sana,
De firme voluntad y piel morena:
Hijo de la monótona llanura,
Ni dentro ni por fuera
Tiene oscuros abismos
Ni tortuosas veredas:
Sencilla y pura, sin doblez ni sombras,
La voz del corazón vibra en su lengua,
Y en su vida fecunda y uniforme
La nativa planicie se refleja.
Curtido por el sol y por los aires,
Con la intemperie su vigor se temple,
Y en las crudas mañanas del invierno,
Cuando el aliento, al respirar, blanquea;
Y el rostro azotan con furor los cierzos
Y la escarcha en los árboles se hiela,
Vedle allí, surco arriba y surco abajo,
Labrando las tardías sementeras,
Y, al rigor de los vientos y celliscas,
Alzando á media voz su cantinela,
Al ritmo acompasado de la yunta
Y al áspero rumor que hace la reja,
Hundiéndose en la entraña del terruño
Por desgarrar la aridecida gleba.

Alma tranquila, resignada y fuerte,
Trabajadora y buena,
En la honrada labor halla sus dichas
Y en la paz del hogar calma sus penas;
Y cuando en los ardores del estío
La espiga, ya granada, amarillea,
Y olor de madurez llena el ambiente
Y brotan de los senos de la tierra
Efluvios y fragancias
De sazónada plenitud materna,
¡Con qué placer las ondulantes mieses
De su heredad contempla,
Y olvida las fatigas y sudores
Que cuesta al sembrador la sementera
Y el rigor de los duros temporales
Y la angustia sin treguas,
Ora previendo la voraz sequía,
Ora el recio aluvión de las tormentas,
Ya la nube preñada de granizo,
Ya los hielos que roban la cosecha!
¡Con qué gozo en las tardes del verano
Recorre sus haciendas,
Donde al son de las clásicas tonadas
Cantan los segadores en la siega,

Tendiendo en el rastrojo las gavillas
Que hacinan los rapaces en *morenas*;
Y oye á lo lejos rechinar los carros
Que avanzan, como torres gigantescas,
Llenando los caminos
Con su balumba que al andar retiembla;
Y del bullicio alegre del rastrojo
Va al alegre bullicio de las eras,
Donde el trajín aumenta la alegría
Y la alegría endulza las faenas;
Do brilla el sol con centellantes lumbres
Y el bochorno la atmósfera caldea,
Y rico olor de mies satura el aire
Y vuela el tamo en blancas polvaredas,
Y entre el hondo rumor de mil labores
Y el áspero crujir de espigas secas,
Y el tráfago de obreros y de carros
Y aquel zumbar inmenso de colmena,
El zagal trillador canta en la trilla
Y canta el bieldador sobre la bielda,
Y al coro varonil de los que aparvan
Responde el de los mozos que acarrean;
Y suenan á la vez coplas de ronda,
Trovas de amor, tonadas y leyendas,

Y risas y chillidos de rapaces
Que entre la paja, retozando, ruedan,
Y gritos de vencejos que en la altura
En alegre tropel cantando vuelan:

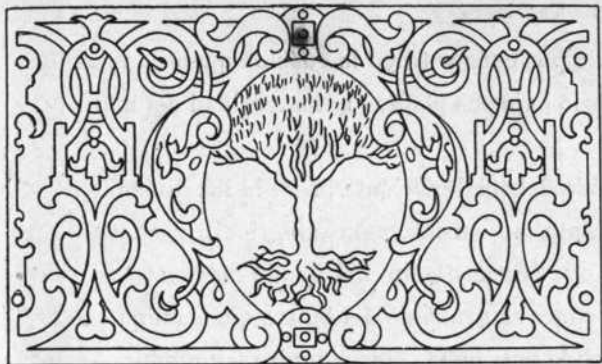
Himno triunfal, robusta sinfonía
Que entona el alma de una raza entera;
Magnífica explosión de amor y cantos
Que alza la voz de la llanura inmensa:

Olvideme de mí si te olvidare,
¡Oh, alegría del campo y de las eras!
¡Oh, amor de mis amores!
¡Oh, ideal de hermosura y de grandeza!
¡Oh, noble patria mía!
¡Oh, castellana tierra!

Jamás te olvidará quien en su canto
Te ofrece el corazón y el alma entera,
Quien, postrado á tus pies, dobla su frente
Para implorar la bendición paterna.

Vencida ó vencedora,
Desdichada ó feliz, grande ó pequeña,
Siempre serás mi patria
Y siempre hermosa y buena.

Olvideme de mí si te olvidare
Patria del alma, castellana tierra.



EL PINO DE FORMENTOR

(De Miguel Costa)

Mi amor puse en un árbol que en la alta cumbre impera,
Más fuerte que la encina, más que el ciprés gentil;
Ostenta en su ramaje perenne primavera,
Y afronta las borrascas que azotan la ribera.
Y asaltan las rompientes del áspero cantil.

No asoma entre sus hojas la flor enamorada,
Ni el manantial se acerca sus sombras á besar;
Mas Dios ungió de aromas su frente consagrada,

Le dió por cuna y trono la cúspide quebrada
Y abrió bajo sus plantas la inmensidad del mar.

Cuando del sol de Oriente brilla la luz divina,
No canta, no, en sus ramas alegre el ruiseñor;
Sólo oye el ronco grito del águila marina
Ó el cóncavo graznido del buitre que camina
Batiendo entrambas alas con aire triunfador.

No del impuro limo su vida se alimenta,
Que, hundiendo su raigambre, se aferra al peñascal;
Mas tiene luz y lluvias y en lo infinito alienta,
Y, cual profeta en éxtasis, su corazón sustenta
De amor de lo infinito, de vida celestial...

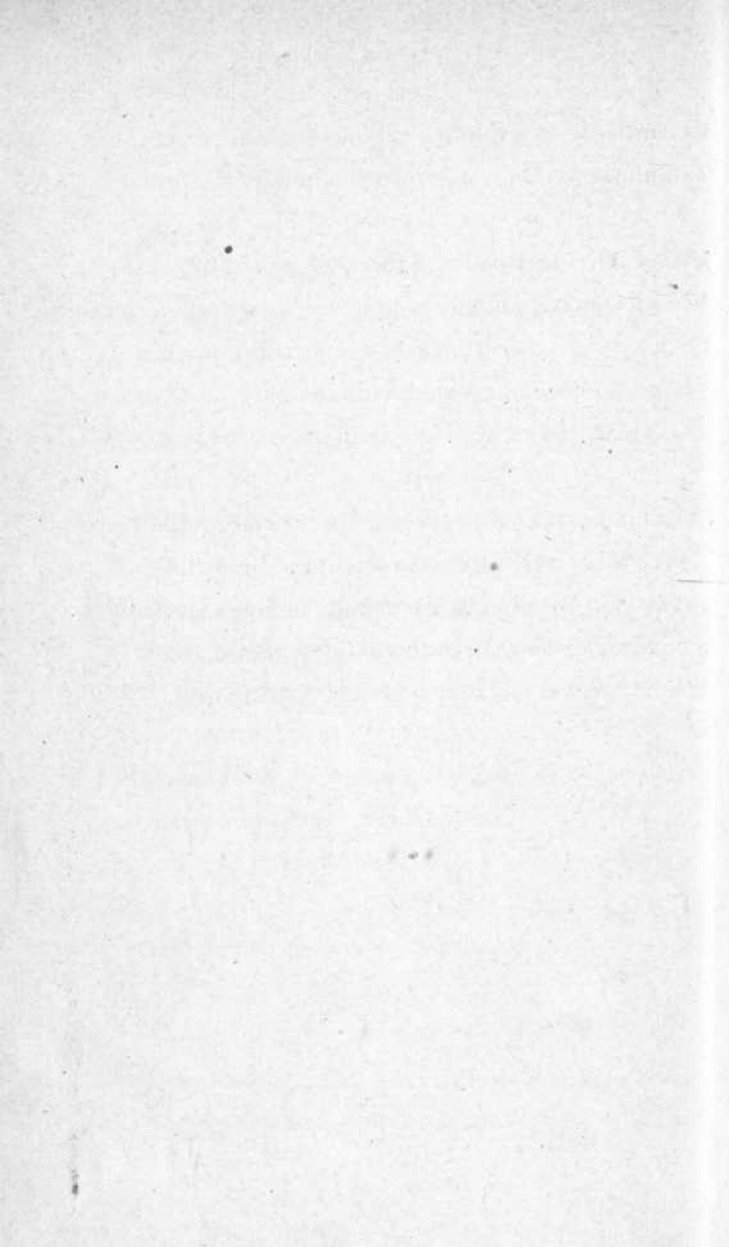
¡Árbol sublime! Tú eres del genio imagen viva;
Tú reinas en la altura, lo inmenso logras ver;
La tierra te es ingrata, pero tu frente altiva
Besa amorosa el cielo; y tiene tu alma esquivada
Al huracán y al rayo por gloria y por placer.

¡Oh! sí; que cuando estalla la tempestad violenta
Y entre la hirviente espuma retiembla el peñascal,
Sobre el fragor y estruendo del mar que al pie revienta,

Él canta alegre entonces, y, encima la tormenta,
Triunfante da á los vientos su cabellera real.

¡Arbol feliz! te envidio. Sobre esta tierra impura
Tus glorias son las glorias que encienden mi ambición...
Luchar, venciendo siempre; reinar sobre la altura;
Vivir sólo del cielo; saciarse de luz pura...
¡Oh, vida! ¡ésa es la vida que llena al corazón!

¡Alma inmortal! ¿qué esperas? Huye el mezquino ambiente
Y vive allá en la altura, do alienta lo inmortal.
Verás bajo tus plantas del mundo el mar hirviente,
Y se alzaré en los aires tu cántico valiente,
Volando, como el ave que hiende el temporal...





¡TOTA PULCHRA!

IRGEN inmaculada,
Trono de la virtud, Reina del cielo,
Flor del divino Corazón brotada,
Madre del santo amor y del consuelo;
De la vida y la paz restauradora,
Iris de la esperanza de Judea,
Virgen feliz, cual la primera aurora,
Virgen más que la luz resplandeciente,
Virgen hermosa, como el sol de Oriente,
Virgen sublime, cual de Dios la idea...
¡Toda eres bella, sí; toda eres pura,
Llena de gracia y del Señor bendita;
Toda eres luz y amor y en ti fulgura
La gloria de los cielos infinita:
Bendita sobre toda criatura,
Bendito el fruto que en tu sér palpita!

¡Oh, Virgen, de la muerte vencedora!
¿Quién como Tú? La creación te adora,
Tu corona inmortal es la inocencia,
Tu símbolo la aurora
Y la vida es la luz de tu presencia...
¿Quién como Tú? Cuando el amor enciende
Los divinos anhelos,
Rauda el arcángel los espacios hiende,
Inclínanse las cumbres de los cielos,
Y Dios á ti descende...
Virgen sin mancha que el común castigo
Tornas en bendición; ¿qué más deseas?
Salve, Virgen feliz; Dios es contigo;
Santa Madre de Dios, bendita seas.

Tú eres aquella que del sol vestida,
Irradiando divinos resplandores,
Vió el profeta surgir en el Oriente,
Con el beso de Dios sobre la frente,
La alegría, en el rostro, de los cielos
Y en el alma del ángel los amores;
La Virgen entre todas elegida,
Cuyo triunfo anunció nuestra victoria:
Gloria y encanto de la eterna gloria,

Viviente aurora de la eterna vida.
Del cielo y de la tierra bendecida,
Dios te vistió de gracia y hermosura,
Trémulo el sol bajo tus pies fulgura
Y orla es la luna de tu regio manto;
Escabel de tu trono sacrosanto
Los serafines son: iris de estrellas,
Cual diadema de luz, ciñe tu frente;
En labios del Señor nació tu nombre,
Y hoy, besando las huellas de tu planta,
«Salve Reina del cielo» el ángel canta,
«Salve Reina del mundo» exclama el hombre.

Virgen que el sol más pura y más hermosa,
Santa Madre de Dios, Virgen gloriosa,
Toda luz, toda amor, toda dulzura;
Encanto del amor de los amores
Y del Dios de bondad símbolo santo,
Virgen de la esperanza y del consuelo,
Que para compartir nuestros dolores
Naciste en este valle de amargura,
Y al hijo de la culpa y del quebranto
Trocaste en hijo del perdido cielo.

Un día fué cuando, al rayar la aurora,
Del santo Edén en la sagrada calma,
Envuelta en luz de gloria, amanecía
La virgen y feliz naturaleza,
Ebria de vida y celestial belleza,
Radiante de esplendor, deslumbradora,
Y de amor palpitando, como un alma.
Ante aquella divina epifanía
Que en inmensa explosión de poesía
Vibraba en cantos del Edén bendito,
Y cuando en olas de oro difundía
Su claridad inmensa lo infinito,
El hombre delinquiró: triunfó la muerte,
Huyó la dicha y se eclipsó la gracia,
Los ángeles del cielo suspiraron,
Los seres en tropel se dispersaron
Y apareció en el mundo la desgracia.

Tú que alumbraste, ¡oh, sol del paraíso!
Aquel trance de horror, trágico y mudo,
Cuando ser como Dios el hombre quiso,
Y ardiendo en ansias de insensato gozo
Abrió los labios... y exhaló un sollozo,
Volvió los ojos... y se halló desnudo:

Tú viste el hondo espanto, sin medida,
Que en un instante desgarró aquella alma,
Desde la altura de su Dios caída,
Al sentir, en su inmenso abatimiento,
La primera amargura de la vida
Y el dolor del primer remordimiento,
Y la fría impresión del primer llanto,
Y el eco triste del primer lamento
Y la honda angustia del primer quebranto...
Todo, oh, Madre, acabó; y aquel instante
La eterna historia del dolor empieza;
Campos de soledad y de tristeza,
Cruzara Adán, con la aflicción delante
Y atrás la culpa; y al volver al polvo
De la tierra, en su sangre enrojecida,
Lograra sólo de su infausta suerte
Tras el inmenso suelo de la vida,
El desconsuelo inmenso de la muerte...
Mas Dios, ¡oh, Madre! pronunció tu nombre,
Y al renacer, entre la noche oscura
Del dolor y la culpa, la esperanza,
Trémulo Adán con angustioso anhelo
Adivinó tu amor y tu hermosura,
Presintiendo en su horrenda desventura

La escala de Jacob que llega al cielo.

Bella, gentil, espléndida, radiante,
En luz de gloria y resplandor envuelta,
Cándida veste en derredor flotando
Y al viento en ondas la madeja suelta;
Del seno virginal y palpitante
Con ambas manos el latir calmando;
Alta la frente de fulgor bañada,
Absorta en lo infinito la mirada,
Y entre olas de oro y azuladas nubes,
Como visión arrobadora y pura,
Sobre un trono de estrellas y querubes,
Apareciste tú, Virgen sagrada...
¡Gloria al Señor! ¡Cantad, cielos y tierra!
Triste raza de Adán, ya estás salvada.

Salve, Madre adorada,
Llena de gracia, del Señor bendita,
Toda eres bella, toda inmaculada;
Dios es contigo, Virgen de Judea,
Bendito el fruto que en tu seno habita,
Tu pura Concepción bendita sea.
Tú de Dios aplacaste los enojos,

Del hombre oíste el suspirar doliente,
Cuando, en su angustia, al levantar la frente,
Sus tristes ojos enclavó en tus ojos.

Y al ver tu rostro, espléndido y sereno,
Brotó su fe de tu mirada al rayo;
Y, cual iris de eterna bienandanza,
Nació de tu sonrisa la esperanza
Y el fuego de tu amor prendió en su seno.

Por ti, María, es el dolor fecundo,
Y el alma, aunque suspira prisionera,
La luz percibe de aquel sol que viera
Surgir del caos, palpitando, al mundo.
Por ti los cantos del Edén perdido
Siente el hombre vibrar en su memoria,
Cual tierno arrullo con que fué mecido;
Y, al invocar tu nombre en su consuelo,
Sabe que oye el clamor del que la implora,
La Reina de los ángeles del cielo.

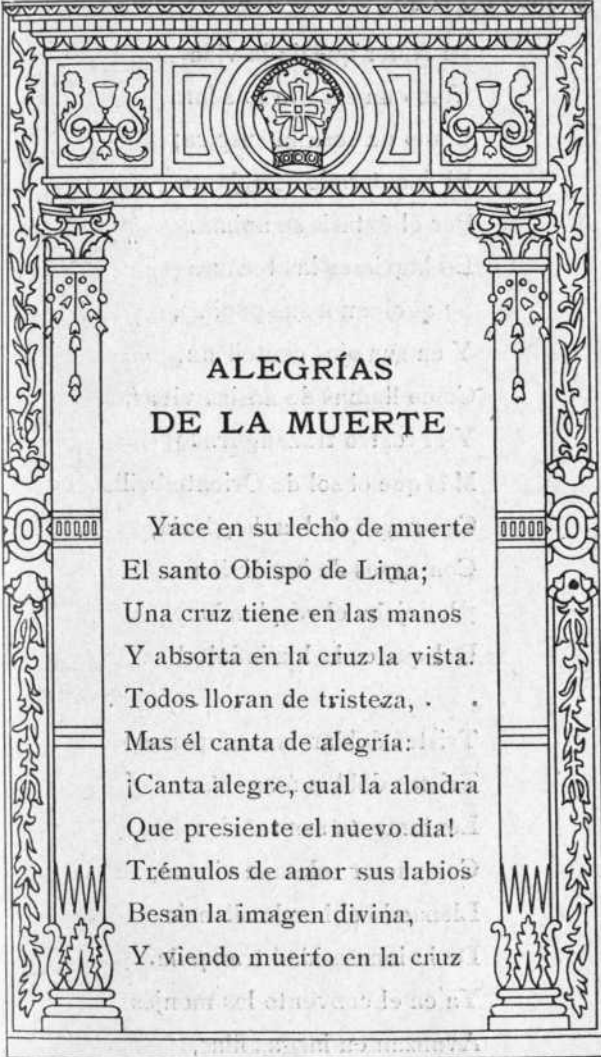
Virgen libertadora,
Madre de Dios y madre del que llora,
Causa de nuestras santas alegrías,
Del infinito amor divina muestra,
Iris de paz, estrella de los mares,

Santo abrigo de todos los pesares,
Vida, dulzura y esperanza nuestra:
Salve, Virgen feliz, flor de las flores
Y rosa de las rosas;
Bendita sobre todas las mujeres,
Hermosa sobre todas las hermosas.
Toda eres bella, sí: Dios es contigo,
Y en ti encarnó su inspiración divina;
Él puso en tu figura peregrina
La grandeza de todas las grandezas,
La dulzura de todas las dulzuras,
La pureza de todas las purezas,
La ternura de todas las ternuras,
La belleza de todas las bellezas:
Todo el fulgor de todos los fulgores,
Todo el amor de todos los amores,
Y el consuelo de todos los consuelos
Y el encanto de todos los encantos:
Cuantas glorias y gracias y hermosuras
Su bondad derramó en las criaturas;
Cuanto pueden soñar nuestros anhelos,
Cuanto el Dios y Señor de las alturas
Puso al crear... ¡el cielo de los cielos!
Virgen encantadora,

¿Quién puede conocerte sin amarte?
¿Quién sentir tu hermosura y no cantarte?
¿Quién tiene corazón y no te adora?
¿Dónde hallar más divina poesía
Ni más tiernos amores
Que en ti, Madre de Dios, Virgen María,
Que eres madre también de pecadores
Y eres amparo del que en ti confía,
Y esperanza y sostén del desvalido,
Luz del justo y perdón para el vencido
Y refugio de todos los dolores?
Toda eres bella, sí, toda eres pura
Y toda luz y amor, vida y dulzura,
Misericordia y paz, gloria y encanto;
Tu nombre ensalzan, con la voz del canto,
El ángel de los cielos y el poeta,
A ti en el fondo de su gruta oscura
Bendice el solitario anacoreta;
Á ti en el silencioso monasterio
Ruega la virgen á tus pies de hinojos;
Á ti en la soledad del cementerio
El huérfano infeliz vuelve los ojos;
Y el héroe de la guerra te proclama
Entre el ronco fragor de los cañones,

Y el marinero con fervor te llama
Al rebramar los ciegos aquilones;
Todos, oh, virgen, tu favor imploran
En las trágicas luchas de la vida,
Que eres madre de todos los que lloran
Y consuelo y salud del alma herida.

Virgen inmaculada,
Trono de la virtud, reina del cielo,
Flor del divino corazón brotada,
Madre del santo amor y del consuelo;
Toda eres bella, sí; toda eres pura,
Llena de gracia y del Señor bendita;
Toda eres bella y en tu ser fulgura
La gloria de los cielos infinita.
Tú en gozo tornas el común castigo,
Y el santo amor en nuestras almas creas;
Salve Virgen feliz; Dios es contigo.
Santa Madre de Dios, bendita seas.



ALEGRÍAS DE LA MUERTE

Yace en su lecho de muerte
El santo Obispo de Lima;
Una cruz tiene en las manos
Y absorta en la cruz la vista.
Todos lloran de tristeza,
Mas él canta de alegría:
¡Canta alegre, cual la alondra
Que presiente el nuevo día!
Trémulos de amor sus labios
Besan la imagen divina,
Y viendo muerto en la cruz

Al Amor que da la vida,
Como un serafín lo adora,
Como un serafín suspira;
El demacrado semblante
Por el éxtasis se anima,
En lágrimas las ternuras
Se agolpan á sus pupilas,
Y en sus ojos centellean,
Como llamas de ansias vivas,
Y el rostro transfigurado
Más que el sol de Oriente brilla
Con rayos de luz de gloria,
Con rayos de luz divina...
¡Reflejaba el resplandor
Del que es la luz infinita!

.

Tristes doblan las campanas,
Tristes doblan á agonía:
Lentamente sus tañidos
Con rumor solemne vibran,
Llenando el hondo silencio
De la inmensidad tranquila.
Ya en el convento los monjes
Avanzan en largas filas,

Con la pena en el semblante,
Con candelas encendidas,
Y junto al lecho de muerte
Se congregan y arrodillan,
Y entonando las plegarias,
Plegarias de despedida,
Á Dios el alma encomiendan
Del Santo Obispo de Lima.
Rezan los monjes y lloran,
Mas él canta de alegría,
Con la cruz entre las manos
Y absorta en la cruz la vista.
De pronto, volviendo el rostro,
Radiante con luz divina,
Así dijo á un pobre fraile
Que más que todos gemía:
—No me lloréis, buen hermano;
No lloréis por mi partida;
Camino del cielo voy,
¡Feliz quien á Dios camina!
Tañed el arpa y cantad,
Cantad con voz de alegría,
Que siento que Dios se acerca,
Que siento que Dios me mira;

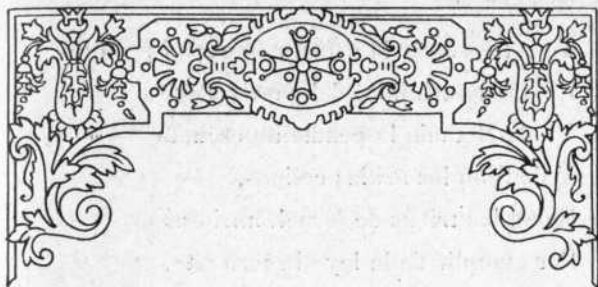
¡Siento su voz que me llama,
Siento su amor sin medida!
Tañed el arpa y cantemos,
Que el alma presiente el día
Y quiere al cielo volar
Cantando la nueva vida,
Como llega en primavera,
Cantando, la golondrina...—
Pulsó el arpa el religioso,
Cantó con voz de alegría
El salmo en que el rey profeta
Canta la ciudad divina,
Á la gran Jerusalén,
Visión de paz y de dichas,
Que alumbra un sol sin ocaso
Con claridad infinita:
La ciudad de excelsas torres
Y muros de piedras vivas,
Ciudad del eterno amor,
Ciudad de la eterna vida...
Siguió cantando el buen monje
La Jerusalén divina;
Mejor que nunca cantaba,
Mejor que nunca tañía,

Y en el jardín del convento,
 Allá en la noche tranquila,
 Entonaba un ruiseñor
 Sus más tiernas melodías.

¡Gloria á Dios que es nuestro Dios!
 ¡Gloria al amor sin medida
 Que inclina el cielo y descende
 Para alzar á quien se humilla!
 ¡Gloria á Dios! brilló la luz
 De la presencia divina;
 Paró el tañedor sus manos
 Sobre las cuerdas heridas;
 Enmudeció el ruiseñor
 Oyendo otras armonías,
 Y, como un rincón del cielo,
 La celda resplandecía...

Yace en su lecho de muerte
 El Santo Obispo de Lima,
 Con una cruz en las manos
 Y absorta en la cruz la vista.
 Ya no atiende á la canción
 Que en amores le encendía,

Ni al monje vuelve los ojos,
Radiantes de luz divina.
Otras arpas y otros cantos
Llenan su alma de delicias;
Que al brillar el sol de Oriente
Sobre la cumbre vecina,
Más allá de donde acaban
Las fronteras de la vida,
Él vió surgir otro sol,
¡El sol de luz infinita!...



EL VIERNES SANTO

Era del Parasceve la hora sexta:
De Israel y Judea soberana,
Jerusalén á celebrar se apresta
La paşcua de los ázimos cercana.
Hervor de multitud, ruido de fiesta
Hinchen todas sus plazas de alegrías,
Do canta alborozado el peregrino
Su blanca tienda al desplegar de lino
En la santa ciudad; atrios y vías
Puebla en tropel la errante muchedumbre;
Ya en las cuerdas del bíblico salterio

Torna á vibrar la estrofa en que el profeta
La amargura lloró del cautiverio;
Ya de Betania la pendiente escueta
Y de Sión las áridas colinas,
Bajan las tribus de Israel, ansiosas
Por cumplir de la ley el sacro rito,
Y el viento esparce el clamoroso grito
Que alzan, al divisar el templo santo,
Del Cedrón tras las márgenes vecinas:
Allí do alzó David la voz del canto
Bajo dosel flotante de neblinas,
Y Salomón sus églogas divinas.
Do el sol cernía esplendorosa lumbre,
Alzaba, un tiempo, la ciudad su frente
Sobre el peñón de la cercana cumbre.
¡Oh, gran Jerusalén! símbolo santo
De la eterna mansión del Dios viviente,
Visión de paz, del universo encanto,
Astro de Oriente de sin par belleza,
Que irradiaste en la historia y en el arte
Luz de gloria inmortal; en tu grandeza
Sólo la voz de Dios pudo cantarte.
Tu santuario de mármol de Corinto
Nubes de eterna majestad velaron,

Y ecos de voz divina perturbaron
Del santo tabernáculo el recinto.
Auras de Edén con virginal frescura
Raudas volaban por besar tu suelo;
¿Quién vió hermosura como tu hermosura,
Y un cielo cual tu cielo
Y un sol como tu sol? De Oreb el monte
Rendía ante tus pies su agreste falda,
Y en el amplio confín del horizonte
Contemplabas la anchura del desierto,
Genesareth á un lado, y á tu espalda
Las humeantes aguas del Mar muerto.
Mas ora ya en tus muros,
De tu roto poder signos oscuros,
Pende la hiedra que arraigó en las grietas;
Madre de Sacerdotes y de Reyes,
Solar de Patriarcas y Profetas,
Pueblo de Dios, sibila de sus leyes,
Numen de tus poetas
Y oráculo sagrado de la historia,
Sólo la vana pompa de tus ritos
Tu corazón conserva;
Y profanando, ingrata, en tu memoria
Las promesas de Abraham con torpes mitos,

Del Señor repudiada, dócil sierva
Del griego, el persa, el medo y el romano,
Proyectas triste sombra por el llano,
Como un eclipse de divina gloria...

Del torrente Cedrón en las riberas,
Y á la sombra de altísimas palmeras
Que el blando aliento de la brisa mece,
De nuevo alza Israel sus tabernáculos,
Do apresta cada tribu sus cenáculos
Y el blanco pan del holocausto cuece.
¡Día feliz! Enérgico bullicio
De Salem por los términos se ensancha,
Y, en las tiendas, del santo sacrificio
Se oye balar al recental sin mancha;
Y mientras vaga lento y solitario,
Ó abreva en las cisternas el camello,
Y enhiesto, cara al sol, el corvo cuello
Rumia, postrado en tierra, el dromedario,
Ceñida la amplia veste de esmeralda
Con cíngulos de Ofir, suelta en la espalda
La airosa trenza de oro
Y en la cabeza el cándido teristro,
De Oplán descende por la verde falda,

Con plectros de marfil tañendo el sistro,
De sulamitas vírgenes el coro.
Ya, en la puerta de Oreb, la arcada rota
Vibra al grato rumor de cantos patrios,
Y, como mar que el huracán azota,
La multitud se agrupa y alborota
Del sacro templo en los abiertos atrios.
Allí, del Acra baja en los confines,
Frente á los salomónicos jardines,
Donde el aura, al volar, pródiga esparce
Del tamarindo en flor suaves aromas,
Do, cual lágrimas de oro,
El incienso su bálsamo gotea
Y exuda el cedro sus olientes gomas
Y la palma gentil se balancea,
Allí, con tumultuoso vocerío,
Del templo en el vestíbulo agolpado,
Ondula en anchas olas el gentío,
Bullendo como enjambre alborotado.
Y al par que en las probáticas piscinas
Su cándido vellón limpia el cordero,
En el esbelto capitel frontero,
Sobre el fragor del popular tumulto,
La voz de las trompetas argentinas

Vibra, anunciando de la pascua el culto;

Confuso vocerío

De la ciudad los ámbitos conturba,

Y en tumultuosa turba

Hierve el pueblo judío.

Mas ¡oh, trance fatal! Hiriendo el viento,

Cual angustioso y trágico lamento

Ó alarido de cólera apresada,

Clamor de trompa funeral ahoga:

Los gritos de la plebe alborozada,

Y encima de la acrópolis, enhiesta,

Flámula negra advierte

Que un crimen sentenció la sinagoga

Con sentencia de muerte.

Trémula de ansiedad se arremolina

Del templo en el dintel la muchedumbre;

El criminal y el crimen se imagina,

Y ya, ambas manos con furor blandiendo,

Vocifera iracunda:

Ya corre y se desborda descendiendo

Del Acra por la cumbre;

Pronto del Sanedrín el atrio inunda,

Y allí llega á su oído

Que al llamarse Mesías prometido
 El profeta impostor de la Judea,
 De Israel el Consejo soberano
 Desgarró de dolor sus vestiduras,
 Con unánime voz dictó su voto,
 Y esquivando del pueblo el alboroto,
 Condujo al reo ante el Pretor romano.
 Rompiendo en clamorosa gritería,
 Desbórdase la plebe en la ancha vía
 Que llega hasta el Pretorio, en cuyas gradas,
 Cual torrente en su cauce comprimido,
 Se agolpa en turbulentas oleadas.
 Sobre el dintel del peristilo erguido
 Que del palacio el límite demarca,
 Y ante el busto gentil que hábil artífice
 De Tiberio *imperator* esculpiera,
 Con ansia el fallo del Pretor espera
 Frente al pueblo, el anciano emalotarca,
 Del gran Concilio Sanedrín Pontífice.

.
 Todavía el rumor vibra en el viento
 De la sublime y celestial doctrina
 Que de Cristo Jesús el dulce acento
 Sembró en el corazón de Palestina;

Aun del poder de su virtud divina
Jerusalén contempla los vestigios,
Y el recuerdo inmortal de sus prodigios
Ruido de asombro popular levanta;
Todavía la plebe con su planta
Huella ramos de palma florecida,
Y siente su garganta
De cantar el hosana enronquecida,
Cuando el amplio vestíbulo ensordece,
Anunciando al Pretor, trompa guerrera;
Su alarido del pueblo amotinado
Los odios y la cólera embravece,
Y en la arcada del *Gábbata* severa,
Frente á la turba y del Pretor al lado,
Jesús, cual rey sacrilego aparece.
Áspera trenza de punzante espina
Rasga su sien divina,
Viejo harapo de púrpura escarnece
Su imaginaria estirpe soberana,
Y en sus manos por cetro resplandece,
Burlando su poder, insignia vana.
Mas por salvar de Cristo la inocencia
Mueve al procónsul pertinaz deseo,
Juzgando en su conciencia

Culpable al delator, sin culpa al reo.
De Jesús la dulzura le conmueve;
Piensa aplacar las iras de la plebe
Si al delincuente escarnecido muestra,
Y sin manchar los labios con su nombre,
Tendiendo á Cristo con desdén su diestra,
Grita á la multitud: «He aquí al hombre...»

Prolongado rugido
De horror y escarnio entre el tumulto brota,
Como hervoroso ruido
De olas que encrespa el mar y el viento azota.
Con unánime grito, de repente,
«Caiga su sangre sobre nuestra frente»
Exclama el Sanedrín, y enardecida
La multitud con odios inhumanos,
Arrancando del pecho su estridente
Alarido de fiera,
Loca de frenesí, blande sus manos
Y un inmenso clamor responde: «muera».
¡Pueblo ingrato y perjuro! Tus perfidias
Al llorar el Profeta, la amargura
Ahogó en sus labios la expresión del canto,
Y cubriéndose el rostro con espanto

En ayes anunció tu desventura.
Cuando á Jesús desamparado viste,
Su sangre, á gritos sin piedad, pediste;
Su sangre en ti caerá...

En vano ruega

Turbado el Juez ante la turba ciega,
Sólo al insulto y al furor propicia,
Y á la voz de sus cóleras opone
La voz de la justicia:
La muchedumbre en su clamor desborda
Odio infernal que en sus entrañas arde;
Ya apostrofa á Pilatos, cual tirano,
Manchando el patrio honor de aquel cobarde
Decadente romano;
Ya á la pasión el vértigo sucede...
¡Hora fatal! Jerusalén entera
Redobla su furor gritando «muera»,
Y al ver que el juez medita
«Crucifícale»—exclama,—quita, quita».
Invoca al César y el Procónsul cede.

Camino del suplicio,
Bajo la infame cruz del sacrificio,
Y entré el pueblo iracundo,

Arrastrado por bárbaro sicario,
Sube la agria pendiente del Calvario
El Redentor del mundo.
Vedle allí... derribado y sin aliento,
Por aplacar del pueblo los enojos,
Alza su rostro lívido y sangriento,
Y en la angustia sin fin de su tormento
Gimen é imploran sus inmóviles ojos.
Mas bárbaro sayón con dura mano
Golpea sin piedad aquel semblante
Que anubla la aflicción cual densa bruma;
El Hombre Dios se arrastra cual gusano
Y ante el gozo del pueblo delirante,
Más que la cruz, la ingratitud le abruma...

¡Oh escena de dolor desgarradora!
En medio de la turba atronadora,
Y el alma sin consuelo,
Muda y mirando al cielo,
Su pobre madre le acompaña y llora.
Llora, madre infeliz, que abre tu llanto
Las fuentes del amor y la dulzura;
Grande es, sí, como el mar tu desventura,
Y amargo cual sus aguas tu quebranto.

Mas sigue tras Jesús, que no infecundo
Será en la tierra tu dolor profundo:
Sobre ese mar de inmensos desconsuelos
Volverás, oh paloma de los cielos,
La oliva de la paz mostrando al mundo.



¡AMOR!

Inmóviles los ojos donde brilla
Del serafín la extática mirada,
Palpitando en anhelos infinitos,
Fundidas de ternuras las entrañas,
Con ambos brazos á la Cruz abiertos,
Sintiéndose morir de amor en ansias,
Con voz más dulce que la voz de un ángel
Así la Virgen del Señor exclama:

«¡Oh Amor de mis amores!
¡Oh Jesús, buen Jesús! Alma del alma,
Luz de la luz y Vida de la vida,
Dios del amor y gloria de los que aman...»

«No puedo más; apiádate, Dios mío,
Que muero del amor de tus miradas,
Y el ansia de morir, si no te veo,
Hacia Ti, para verte, me arrebatara.»

«Dame ese amor de angustia y sacrificio,
Amor sin galardón, sin esperanza;
Ámete yo, mi Dios; déjame amarte,
Y el cáliz sólo del dolor me basta...»

«No me pidas qué quiero:
Viéndote en esa Cruz, viendo tus llagas,
¿Qué he de querer, Dios mío? Tú lo sabes:
Si es dicha hasta morir por él que se ama,
Padecer sin morir... amor sin dichas;
¡Sin morir, sin morir! El dolor basta.»

.

Así dijo; la luz que al sol alumbra
Trocó en un cielo la escondida estancia;
Los capullos de rosas entreabrieron
Sobre el altar sus pétalos de grana,
Y, aleteando con trinos de alegría,
En el jardín el ruiseñor cantaba...
«Ved cómo aman los hijos de la tierra,
—Exclamó un serafín,—mirad cómo aman.»
«¡Serafín del amor! descende y hiere;

Digna es de mí—clamó otra voz—miradla...»

Y la vieron los hijos del cielo,
Á los pies de la Cruz prosternada,
Abiertos los brazos,
Radiante y extática,
¡Muriendo de amores
Y trémula de ansias!
La vieron, la vieron,
Toda absorta en Jesús y endiosada,
Entre luz y esplendores de gloria,
Exhalando divinas fragancias,
Con el hondo estupor en el rostro
Y abismada en deliquios el alma,
Anhelantes los ojos inmóviles
Y fundidas de amor las entrañas...
De ansiedad infinita entreabiertos,
Encendidos sus labios vibraban,
Desbordando el raudal de ternuras
Que el amor en su pecho agolpara,
Cual hervor de aguas vivas que al cielo
Con ímpetu saltan...
Centellante la extensa pupila
De otros ojos la luz reflejaba:

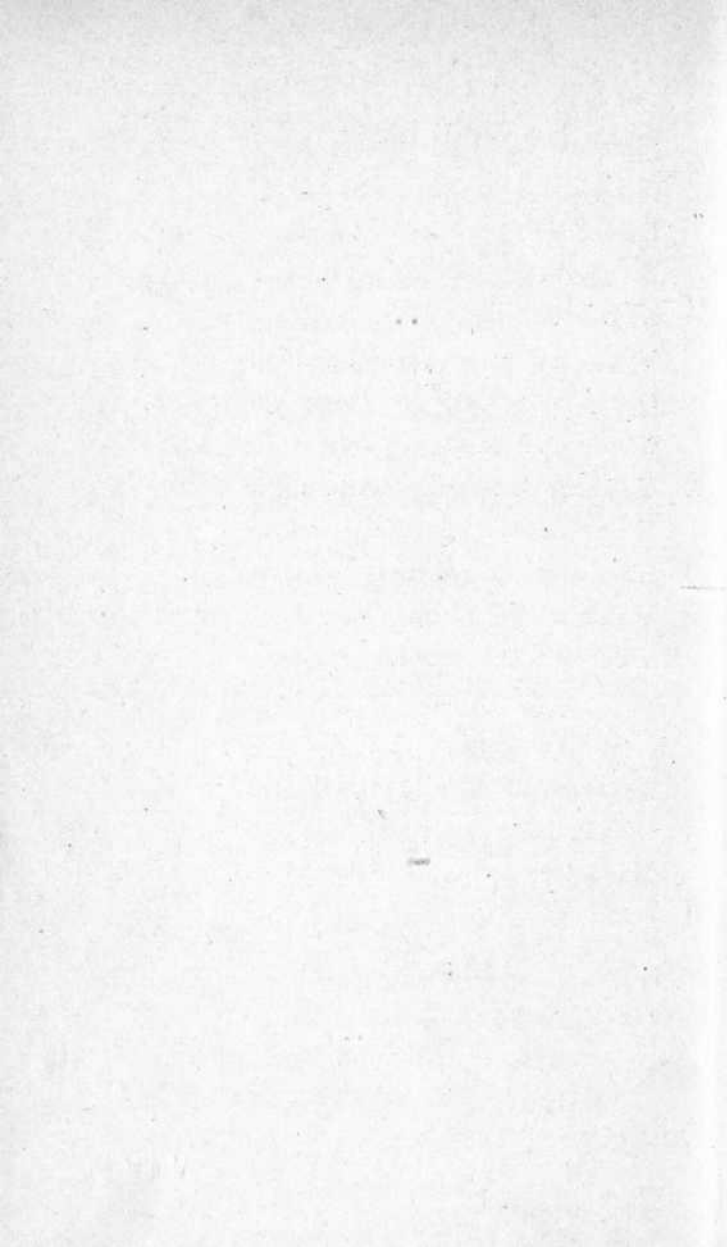
De otros ojos que encienden los astros
Y que crean la gloria al mirarla
Y que, al verlos, arroban al ángel
Y en anhelos consumen las almas.
Y en la excelsa visión sumergida,
Acezando con trémulas ansias
Con arrullos de sordos gemidos
Con clamores de ardientes miradas,
«Ten piedad, buen Jesús, repetía;
Ten piedad, tus dulzuras aparta,
Padecer, sin morir, sólo quiero,
Padecer, sin morir, desolada.
No me mires, Señor, como á esposa;
Soy tu esclava, mi Dios, soy tu esclava.»

.

Los que visteis un día al Dios Hombre,
Expirando en la cruz de la infamia,
Con la hiel de la vida en los labios,
Con espinas la sien desgarrada,
Y la inmensa ternura en los ojos
Y la inmensa piedad en el alma,
Exhalando en el último aliento
De un amor infinito las ansias:
¡Hijos de la gloria!

¡Serafines del cielo! miradla...
 ¡Adorad al amor que ha triunfado
 De una tierra tan dura é ingrata,
 Do alzó el odio la cruz del suplicio
 Al Dios de los que aman!
 Ved cuál vibra esta frágil arcilla,
 Que el Dios Mártir con sangre empapara,
 Con arrobos de amores divinos,
 Y clamor de ternuras sin tasa
 Y arrebatos de inmensos anhelos,
 Llamaradas de ardientes plegarias,
 Y suspiros que hienden las nubes
 Y del Dios del amor las entrañas...

¡Hijos de la gloria!
 ¡Serafines del cielo!... miradla.
 Dios la llama su esposa, en la tierra
 Magdalena de Pazzis se llama.





EN LA CUMBRE DE MIRAMAR

Aquí, frente al abismo y encima la alta sierra,
Entre el dosel del cielo y el trono de la tierra,
¡Aquí comprende el alma las glorias del Tabor!...
Como al profeta, en éxtasis de la visión sublime,
Aquí de lo infinito el estupor me oprime,
Aquí cubre mis ojos tu majestad, Señor.

¡Oh, Miramar! ¡Cuán rica de amor y de belleza,
Hincha tus vastos ámbitos la gran naturaleza

Y ubérrima desborda su ardiente juventud!
Trémulo el sol su lumbré derrama en olas de oro,
Y asciende el ritmo inmenso del cántico sonoro
Que anuncia de la vida la intensa plenitud.

Todo ama y todo canta; del mundo en las entrañas
Corre la savia á ríos, y esmalta las montañas
De las tempranas yemas el virginal verdor.
Hierven los recios troncos que bálsamo gotean,
De gérmenes que bullen, de insectos que aletean,
De enjambres de crisálidas y líquenes en flor.

Y ardiendo el aire en átomos de centellantes lumbres,
Salpica de reflejos las cimas de las cumbres
Y enciende en resplandores el limpio azul del mar;
Y alfómbranse los campos de espesa lozanía
Y al ósculo amoroso que el sol de Abril le envía,
La tierra, como un alma, se siente palpar...

¡Oh, Luz de luz purísima, que la del sol alumbras!
Belleza siempre nueva que en todo sér alumbras,
¡Oh, Vida de la vida y Amor de todo amor!...
Doquiera en lo creado tu imagen centellea,
Doquier tu nombre en símbolos el alma deletrea,

Todo con voz de oráculo me habla de Ti, Señor.

Allí, la agreste selva, del monte á la llanura,
Extiéndese ondulante, sonando en la espesura
El clamoroso estruendo de inmensa multitud:
Allá el profundo abismo azota en recio empuje
Las próximas rompientes, y choca y salta y ruge,
Como el amor, viviendo de lucha y de inquietud...

Aquí, sobre hondas simas, sus cúspides quebradas
Yergue la abrupta sierra, cual altas oleadas
Que enarcan y retuercen su dorso desigual;
Y encima de los áridos picachos carcomidos,
Lanzando por los aires sus ásperos graznidos,
Cruza, con ala inmóvil, el águila caudal.

Y fluyen entre el fresco verdor los manantiales,
Tapízanse de musgo los agrios peñascales
Y entreabre su corona de pétalos la flor;
Vuela en fecundas auras el polen de acre aroma,
Y cuanto alienta y vive canta en diverso idioma
El himno de la vida y el himno del amor.

¡Oh, Dios! rey de la gloria; santo es, Señor, tu nombre

Y grandes son tus obras: deja que en lengua de hombre
Cante, polvo y ceniza, y adore tu poder;
Que á Ti holocausto rinden con voces de alabanza
Lo grande y lo pequeño; tu amor á todo alcanza
Y á todo la presencia alumbra de tu Sér.

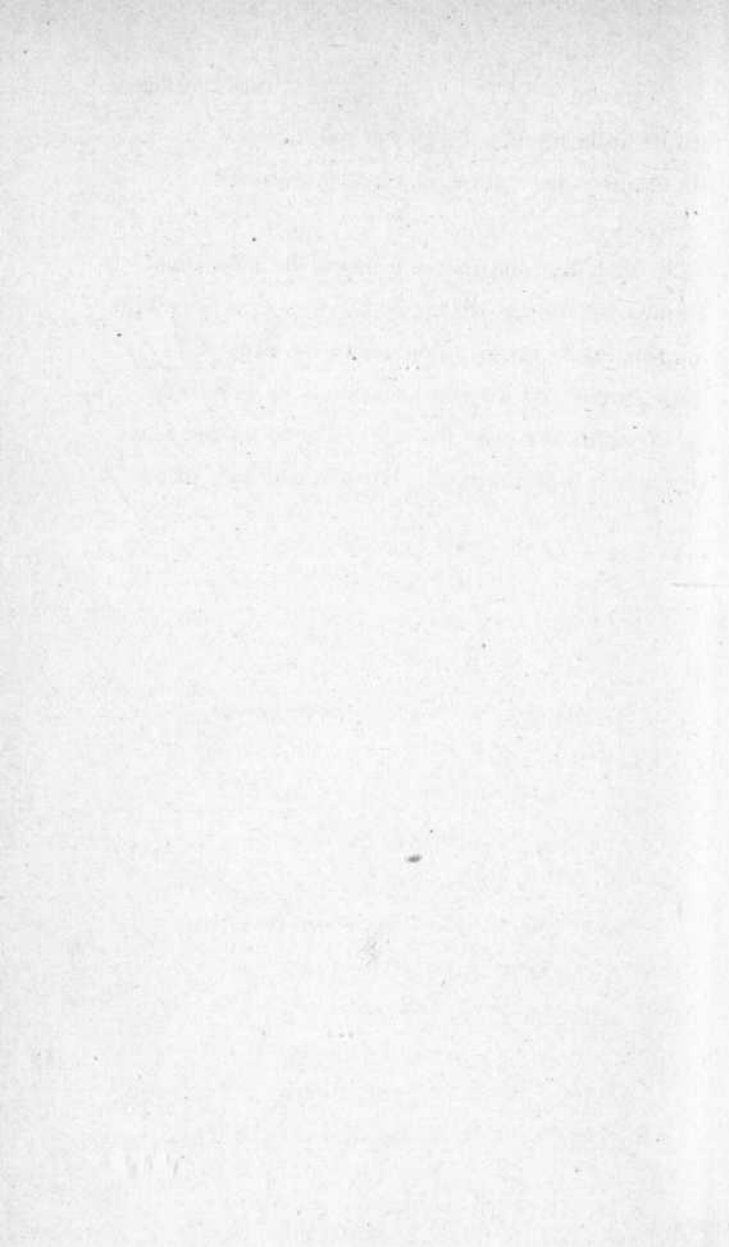
Llenos están y espléndidos de gloria y hermosura
Los cielos y la tierra; Tú extiendes en la altura
Las sombras de la noche, del alba el arrebol.
Del caos á tu acento los senos concibieron,
Miraste á las tinieblas... los astros se encendieron,
Llamaste al día y trémulo surgió en Oriente el sol.

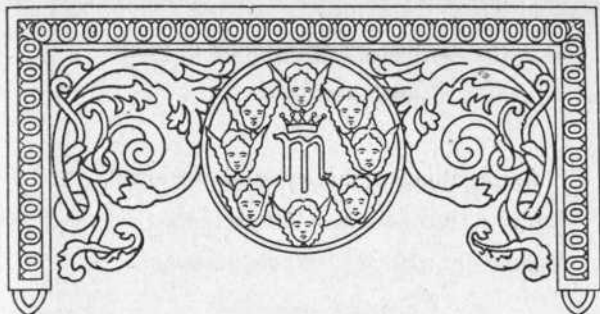
Tuya es su luz; Tú avivas los gérmenes fecundos,
Tú las dispersas aguas congregas en profundos
Abismos cuyos vórtices circunvaló tu ley;
Y ella mueve las nubes en alas de los vientos,
Sobre ella ¡oh Dios! alzaste del mundo los cimientos
Y sobre el mundo al hombre por sacerdote y rey.

Como inscripción que anuncia la entrada en lo infinito
Con caracteres de astros brilla, en la noche escrito,
Tu nombre clave y fórmula del ritmo universal.
Mi fe ve allí los pórticos de la ciudad viviente,

Allí los tabernáculos de gloria indeficiente,
Allí el amor que entona su cántico inmortal.

¡Oh, Rey de toda gloria y Autor de toda vida!
Grande eres en tus obras; de tu presencia henchida
La creación te adora y encumbra mi alma á Ti.
Cante, Señor, mi lengua tu amor y tu grandeza,
Que al ritmo inmenso que alza la gran naturaleza
Te ofrezco, hijo del polvo, la nada que hay en mí.





MARÍA

Virgen sin mancha, como el sol hermosa,
Virgen más pura que la luz del alba,
Flor de las flores, del amor estrella,
Virgen María.

Madre de Dios y de los hombres madre,
Cielos y tierra en tu esplendor se gozan;
Hija de Adán, los serafines te alzan
Trono viviente.

Mística rosa del amor divino
Cuya hermosura al contemplar el ángel

Besa tu sombra y remontando el vuelo,
Canta arrobado.

Así la alondra, con el sol de Oriente,
Canta agitando, sin volar, sus alas;
Y sobre el nido, en éxtasis materno,
Ciérnese inmóvil.

Tú eres el astro del amor que al mundo,
Siglos de siglos, anunció el profeta,
Gritos alzando de ternura y gozo,
Gritos de madre.

Iris que al cielo con la tierra enlazas,
Brilla en ti el llanto con fulgor de gloria:
Rayos de Dios y lágrimas del hombre
Son tu diadema.

«Toda eres bella» el serafín te canta,
«Toda eres pura» te saluda el ángel,
«Llena de gracia y del Señor bendita»
Todas las gentes.

Tuyo es el nombre que en la cuna el niño

Oye al arrullo del amor materno;
Tuyo es el nombre que en la lucha invoca
Todo el que triunfa.

Grito de gozo que del justo el alma
Lanza, volando á la ciudad viviente,
Cual canta el ave que de nueva vida
Llega á las costas.

Puerto halla en ti quien naufragó en el mundo,
Firme vigor quien la pasión combate,
Palmas el mártir y el dolor consuelos,
Glorias la muerte.

Tú de alto honor la ancianidad coronas,
Brindas al joven alegrías de ángel,
Paz al esposo, á la inocencia virgen
Sueños de cielo.

Que arde en tus ojos resplandor de gloria,
Y es tu mirada transfusión de vida,
Y á tu presencia, como al sol las flores,
Se abren las almas.

Única senda que al Señor nos lleva,
Único alivio en la aflicción y el luto,
Único amor sin inquietud ni engaños,
¿Quién no te adora?

¿Quién tan ingrato que el puñal del odio
Hiende en el pecho que le dió la vida?
¿Quién las ternuras del amor más dulce
Vuelve en afrentas?

Hijos que el crimen arrancó á tus brazos
Trágicas voces de blasfemia entonan;
Mueren de angustia, y contra ti se vuelven...
¡Sálvalos, Madre!

Astros que lejos de tu luz se apartan,
Cual huye y muere la fugaz estrella;
Flores del árbol de tu amor que el lodo
Mancha y deshonra:

Pon en sus labios la plegaria humilde
Que abre las fuentes del perdón divino;
Rinda tu amor su ingratitud; si lloran,
Hijos son tuyos.

Haz que sus ojos á tus ojos vuelvan,
 Ardiendo en ansias de esperanza y vida;
 Haz que la muerte, al descender, tu imagen
 Halle en sus almas.

.
 Virgen sin mancha, como el sol hermosa,
 Llena de gracia y del Señor bendita,
 Flor de las flores, del amor estrella,
 Reina del cielo;

—
 Tú que en la patria del dolor naciste,
 Tú que en la patria del dolor lloraste,
 Madre del llanto, con la voz del llanto
 Te hablan tus hijos.

—
 Oye ese idioma que de tu alma virgen
 Brotó en raudales de amargura inmensa,
 Oye ese idioma en que con voz de angustias
 Clama la vida.

—
 Y halle en tu seno la orfandad abrigo,
 Dulce refugio la ultrajada esposa,
 Clemencia el pobre y el doliente anciano
 Santa esperanza.

Torna el consuelo al infeliz que gime
Y alce el perdón lo que abatió la culpa;
Brilla en los ojos del que muere, y muestra
Que eres su madre.



SALUDO Á RONDA

al inaugurarse el Colegio del S. Corazón de Jesús

Cual llegan en Abril las golondrinas
Del amor y la vida mensajeras,
Y en alegres gorjeos te saludan,
Cantando la naciente primavera,
Así, noble ciudad, almas hermanas
Hoy te saludan al cruzar tus puertas.
Mensajeras de Dios, Él las envía,
Como al ave gentil de primavera,
Para anunciar amores que no mueren
Y alegrías que al alma regeneran,
Y flores que no agosta el sol de estío
Y vida siempre antigua y siempre nueva.

Ciudad de la hidalguía,
Ciudad de las grandezas,
La de los bravos é indomables hijos,
La de las almas buenas,
La de los ricos y fecundos campos,
La de las altas sierras,
La madre de intachables caballeros,
La musa de dulcísimos poetas,
Solar nativo del honor sin mancha,
Verjel de amor y virginal belleza,
Ejemplo de altas glorias,
Símbolo de sublime independencia:
Dios te guarde, ciudad que abres tus brazos
Al que en nombre de Dios llama á tus puertas;
Descienda á ti la bendición del cielo
Y la paz del Señor contigo sea.
Dios te guarde y el ángel de la dicha
Sus blancas alas con amor extienda
Sobre las cunas de tus tiernos hijos,
Sobre el fresco verdor de tus haciendas,
Sobre el hogar del que trabaja y ora,
Sobre la tumba del que á Dios espera.

Henos aquí; ministros del que dijo:

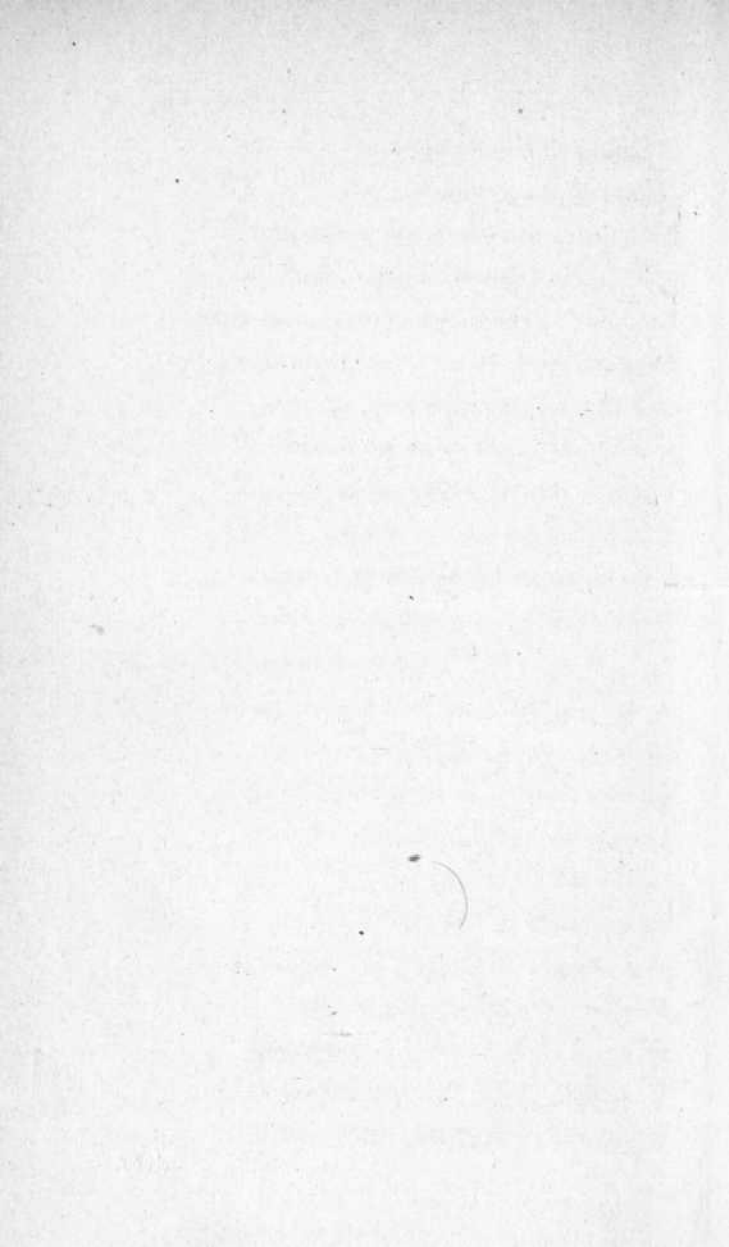
«Dejad que á mí los pequeñuelos vengan»,
Henos aquí donde el amor nos llama,
Y prontos, sin orgullos ni flaquezas,
Para templar del huérfano la angustia,
Para del triste compartir las penas,
Para tender las manos al caído,
Para volver á Dios á quien le pierda,
Y confortar las almas que se rinden
É infundir luz de vida en las conciencias
Y amor del cielo al corazón que muere
De los torpes amores de la tierra,
Y á enseñar á adorar al que no adora
Y á enseñar á rogar al que no ruega,
Y en fiel cariño á convertir los odios
Y en humildes plegarias las blasfemias.

Hijos somos de aquel en cuyos ojos
Si la alta luz del genio centellea,
En su mano, cual símbolo más alto,
Un corazón de serafín ostenta.
Humildes somos, pero amar sabremos
Y devolver bondades por afrentas,
Bendiciendo al que ingrato nos ultraje
Y besando el azote que nos hiera;

Que así el árbol sagrado del incienso
Cuanto más hiende el hacha su corteza,
Más bálsamo devuelve al que le hiere,
Que en el altar de Dios arde en ofrenda.

Ciudad tan generosa como grande,
Tan grande y generosa como buena,
Que abres tu corazón y abres tus brazos
Al que en nombre de Dios llama á tus puertas;
El Señor nos envía,
Como al ave gentil de primavera,
Y Él por mi lengua con amor te dice:
«Deja que á mí los pequeñuelos vengan,
Yo soy la senda, la verdad, la vida;
Yo ofrezco en mis promesas
Las aguas vivas que la sed aplacan
Del que bebe en las fuentes de la tierra,
La luz para los ciegos
Y vigor y salud al alma enferma,
Y la dulce esperanza al afligido
Y á los hambrientos pan de vida eterna,
La paz del corazón á quien me llama
Y amor sin fin al que en mi amor espera.»

Ciudad de la hidalguía,
Ciudad de las grandezas,
En quien mostró la fe sus heroísmos
Y el patrio amor sus épicas empresas:
Deja que á Dios tus pequeñuelos busquen,
Deja que en Dios tus pequeñuelos crean,
Que abran el corazón á sus miradas
Y vivan de la luz de su presencia,
Como se abre la flor al sol de Mayo
Y de la luz del cielo se alimenta.
Feliz quien en las luchas de la vida,
Fiel á Dios, en su espíritu conserva
La fe sencilla que le habló en la cuna
Al dulce arrullo de piedad materna;
El tierno afecto del hogar nativo,
Firmes alientos de esperanzas ciertas,
La oración en los labios,
La verdad en la lengua,
La honradez en la vida
Y la imagen de Dios en la conciencia;
Y sabe al Cielo levantar los ojos
En horas de bonanza y de tormenta,
Y amar la gloria que engrandece el alma
Y amar la patria hasta morir por ella.





¡DECÍAMOS AYER...!

Leyenda

I

Salamanca esclarecida,
Generosa Salamanca,
La de los dulces cantores,
La de antigua y alta fama,
La reina del pensamiento,
Honor de la grande España,
Patria, cual noble, gloriosa
Y, cual gloriosa, cristiana...
Dios te guarde y te bendiga

Como á los que Dios más ama;
Bendiga el cielo tu nombre,
Tus glorias y tus hazañas,
Cual te saluda y bendice
Con el corazón y el alma
Quien te habla en nombre de Dios
Y en ti saluda á su patria.

Yo absorto admiré tu cielo
Y tus austeras montañas,
Tus bravas y adustas sierras
Y tus vegas dilatadas;
Yo admiré tus anchos campos
Henchidos de mies dorada,
Do espléndido el sol radiante
En olas su luz derrama,
Y la inmensidad ostenta
La plenitud de sus calmas,
Y oye el corazón la voz
Que en lo sublime nos habla;
Donde en solemne reposo
La naturaleza extática
Siente de Dios la presencia
Que sus ámbitos abarca
Y en los anchos horizontes

Muestra su gloria increada,
Llenando de majestad
La tierra, el cielo y el alma...

Yo admiré también los tiempos
De aquella tu edad dorada,
Cuando esparcías la luz
Que al pensamiento alumbraba,
Y atónito el mundo entero
Celebró tu inmensa fama,
Y el saber de tus escuelas
Y tus épicas hazañas,
Las virtudes de tus santos
Y los triunfos de tus armas
Y el genio de tus artistas
Y el estruendo de tus aulas
Y el numen de tus poetas
Y la honradez de tu raza:
Tus teólogos y maestros,
Tus caballeros sin tacha,
Tus clásicos estudiantes
Con su tricornio y su capa,
Tus nocturnos rondadores
Y sus dulces serenatas,
Tus galanes pendencieros

Y tus pícaros del hampa
Y el tranquilo ritmo suave
De tus clásicas tonadas:
Las salmodias de tus monjes
Y el bullicio de tus plazas,
La alegría de tus fiestas
Y el tañer de tus campanas:
Toda la vida y la gloria
De la antigua Salamanca.

Cantor de grandes ejemplos,
Hijo siempre de mi patria,
Hoy, vengo á evocar tus glorias
Y á nutrir de rica savia
Las ansias del corazón
Y el entusiasmo del alma.
Déjame besar el polvo
De tus grandezas pasadas,
Y aspirar el puro aliento
De otra edad y de otra raza,
Y el genio fuerte y viril
Que en tus monumentos habla
Y en tus recuerdos palpita
Y que en tus ruinas descansa.
Salamanca esclarecida,

Generosa Salamanca,
Tan gloriosa por tus sabios,
Tan grande por tus hazañas;
Tú que fuiste ayer la gloria,
Muestra ser nuestra esperanza.

II

De una colina en la frondosa falda,
Do extiende el manso Tormes su corriente
Entre campos de flores y esmeralda,
Vuelto el rostro al Oriente,
Como elevando al sol su pensamiento
En la expresión enérgica y valiente,
Arrobado por hondo sentimiento,
Se ostenta un monje; en su mirada ardiente
Con la dulce ternura del asceta
Relampaguea el genio del poeta.
Negra barba recorta el rostro esbelto,
Fijo en el sol con ademán resuelto
Y aires de estirpe real; mas en su frente
Todo el estrago y aflicción de un alma

Tras mortal lucha se refleja; en ella
La intensa soledad grabó su huella,
El combate cruel profundos surcos
Y el dolor desbordado abiertos cauces...
Es ¡ay! un alma que arrastró el destino
Por las ásperas sendas de la vida,
Como flor que arrebató el torbellino,
Alma sublime, sin piedad herida,
Que sin sentir la hiel de los enojos
Torna á la dulce soledad perdida,
Atrás volviendo con temor los ojos,
Cual la mujer de Lot, desde el camino.

Vivo palpita aún en su memoria
El horror de su inmensa desventura;
Y al sentir el sosiego y la dulzura
De aquella virginal naturaleza,
Renacen los recuerdos de su historia
Proyectando en su rostro macilento
Como sombras de trágica tristeza:
Nubes de tempestad que arrastra el viento
Y asaltan en tropel su pensamiento.
Imágenes adustas y ceñudas
Encarnación del odio y de la envidia,
Lenguas en que se esconde la perfidia

Y labios con el ósculo de Judas;
Venganzas torpes que engendró la saña
De un encono feroz; airados gritos
Del insensato celo,
Explosiones de infamias y delitos
De la virtud cubiertos con el velo:
Todo se agolpa y bulle en su memoria
Con esa viva realidad que adquieren
Recuerdos de dolor que nunca mueren
Y entrañan las borrascas de la vida.

De súbito, con recia sacudida
Agitando la artística cabeza,
Trémulo de emoción, irguió la frente,
Y en la margen sentado del torrente,
Juntando triste las enjutas manos,
Entre suspiros de dolor su historia
Comenzó á murmurar, con ese acento
Incoherente y brusco del que sueña,
Vibrando en sus palabras su tormento,
Cual vibraba en las ráfagas del viento
El choque del raudal contra la peña.

«¡Oh santa soledad! ¡Oh dulce calma!
— Prorrumpió con angustia. — ¡Cuán hermosa
Despierta y se abre á tu presencia el alma,

Y las fragancias del amor rebosa,
Como del sol al fecundante rayo
El fresco cáliz de la flor de Mayo!
¡Con qué viva inquietud y amor profundo,
Huyendo el loco tráfago del mundo,
Vuelvo á ti, soledad de mis amores,
Como aquel que salvando los furores
Del borrascoso piélago iracundo,
Pisa la arena de natal ribera
Dejando atrás los vientos bramadores
Y viendo ante él la dicha que le espera!

Terror y pena al recordarlo siento.....

Era una noche tempestuosa y brava,
Cuando sobresaltado y afligido
La quietud de mi celda abandonaba
Llorando, como Adán, mi Edén perdido.
Todo, en torno, á mi duelo respondía;
Ciego huracán, en hórrida tormenta,
Con clamores de cólera rugía
Y azotaba mi rostro; allá lejano,
Fulgurando cual nubes incendiadas,
Esparcía en voraces llamaradas
Ráfagas de calígene el verano.
Golpeaba la lluvia en gruesas gotas

La sobrehaz del polvoriento suelo,
Cuando de pronto, cual si á un golpe rotas
Rodaran cien montañas sobre el cielo,
Del trueno reventaba el estampido
Repercutiendo en fragoroso ruido;
Cual si todos los réprobos en guerra
Alzasen contra Dios ronco alarido,
Gritando desde el centro de la tierra...

Despuntando el albor del nuevo día,
Recuerdo, sí, que al derramar mis ojos
Ví la estrechez de mi prisión obscura;
Y allí, desamparado y solitario,
El cáliz acepté de la amargura
Como Jesús pensando en el Calvario.
¡Oh! ¡Qué espantosa soledad la mía!
Del sol naciente el resplandor primero
Las altas rejas con su luz hería,
Humedecidos y agrietados muros
Á influjo del calórico exhalaban
Vahos de lóbreguez que resbalaban
Alzándose á la atmósfera ligera;
Yo oraba desolado allá en el centro:
El bullicio del mundo hervía afuera
Mientras lloraba el infortunio adentro.

Poco después, más bárbaro suplicio
Desgarró mi alma; como á infame reo,
Allí ante el tribunal del Santo Oficio
Voces de amigos pérfidos é ingratos
Me increpan sin piedad y me escarnecen;
Y, fingiendo rasgar sus vestiduras,
Arrojan á mi faz sus imposturas
Clamando contra mí, más con tan vivos
Apóstrofes y ardientes arrebatos
Que imaginé escuchar á los escribas,
Gritando ante el pretorio de Pilatos...»
Calló un instante el monje, y de repente,
Al cielo alzando con dolor los ojos,
«¿Por qué, prosigue, recordar mi historia
Excitando relámpagos de enojos
Que siento rafaguear en mi memoria?
Tú me enseñaste á perdonar, Dios mío;
Y en las recias borrascas de mi vida
Aunque hombre flaco, procuré tu ejemplo,
Y hoy en mi cruz, como en tu cruz, contemplo
La fe triunfante y la maldad vencida...»

Y descendiendo por la verde falda,
Do extiende el manso Tormes su corriente
Entre campos de flores y esmeralda,

Al vibrar melancólico en el viento
El son de la campana grave y lento,
Postrado el monje al pie de la colina
Bajó los ojos, inclinó la frente,
Recitó la plegaria vespertina,
Y después, silencioso y lentamente,
Avanzaba camino del convento.

III

Era un día de Mayo: hermoso día;
Cual oleadas de oro incandescente,
El sol su viva lumbre difundía
Por el azul de un cielo transparente.

Hervían en la atmósfera radiantes
Los átomos, cual polvo de topacio,
Y, dosel de los álamos gigantes,
Blanca nube flotaba en el espacio.

Todo era luz, aromas y colores,
Gorjeos, brisas y rumor de fuentes,

Y espléndida explosión de resplandores
Sobre los verdes campos florecientes.

Junto al Tormes, testigo de su historia,
Se ostentaba la insigne Salamanca,
Coronada de cúpulas y gloria,
Con su alegría bulliciosa y franca.

Numen de un siglo de verdad sediento
Y sibila del genio, de sus labios
Derramaba el raudal del pensamiento
Que en la lengua vibraba de sus sabios.

Allí, al choque de enérgica pelea,
Y entre el ardor del batallar fecundo,
Relampagueaba la vivaz idea
Que el pensamiento alimentó de un mundo.

Y turbulento enjambre de escolares
Sus cátedras henchía en gruesas olas;
Y allí Colón el cetro de los mares
Desposó con las armas españolas...

Allí, en un claustro gótico y esbelto,

Que el sol bañaba de esplendente lumbre,
Vióse un día bullir, cual mar revuelto,
Agolpada, entusiasta muchedumbre.

¡Oh! Trémula de amor y de alegría,
Tras un lustró de angustia y desconsuelo,
Salamanca entre aplausos recibía
Al que en la tierra habló cantos del cielo,

Aquel que, en ruda lucha, solitario
Arrancó á la perfidia la victoria,
Trocando la agria cima del Calvario
En pedestal del trono de su gloria,

Ella endulzó el martirio de su vida
Con su protesta enérgica y valiente,
Y nunca le olvidó. ¿Qué madre olvida
Cuando un hijo de honor cubrió su frente?

Y él, ¡ay! llorando con la voz del alma
La hablaba, prisionero, en sus cantares,
Cual ruiñeñor que en la nocturna calma
Canta, mirando al cielo, sus pesares.

Mas con tañido acompasado y lento
La campana vibró, sonó la hora,
Y el inmenso clamor rompió en el viento
De aquella muchedumbre atronadora.

Con modesto ademán y paso tardo,
La faz enjuta y la mirada inquieta,
Hundido el rostro artístico y gallardo
En la humilde capucha del asceta,

Del claustro en la frontera gradería
Que cortaba el airoso peristilo,
Luis de León de nuevo aparecía,
Ante la inmensa multitud tranquilo...

Alma sublime que el rencor no turba,
Ni amarga voz para el ingrato esconde,
Y el recuerdo al matar que la perturba
Siempre al amor con el amor responde,

Á su pesar el monje enternecido,
Tras un lustro pisó por vez primera
El claustro que dejó, cual deja el nido
Sobresaltada el ave prisionera.

¡Ay! Quien sintió en el alma el frío aliento
Y el acerado diente de la envidia,
Y hiel de ingratitud, en su tormento,
Con la mirra bebió de la perfidia;

Quien náufrago del mundo y solitario,
Del odio paladeando la amargura,
Tornó al materno hogar, dulce santuario
De amor y paz, de vida y de ventura;

Ese comprenderá la silenciosa
Expansión de ternura hasta el delirio,
Del alma más valiente y generosa
Que engendró el claustro y que templó el martirio.

Entre aplausos y vivas y clamores,
Avanzó el monje hasta el dintel de piedra
Del aula orlada de laurel y flores
Y frisos emblemáticos de hiedra.

Y erguido de la cátedra en la grada,
Intacto al contemplar su antiguo asiento,
Ardió el amor de su alma en su mirada
Y ardiente aclamación vibró en el viento.

Cien veces, acosado y no vencido,
 Allí en las nobles luchas de la ciencia,
 Rompió un día su acento enardecido
 En ráfagas de espléndida elocuencia.

Allí cruzó, envidiado y no envidioso,
 La hermosa edad de sus primeros años,
 Y allí tornó, sediento de reposo,
 Rica el alma de amor y desengaños.

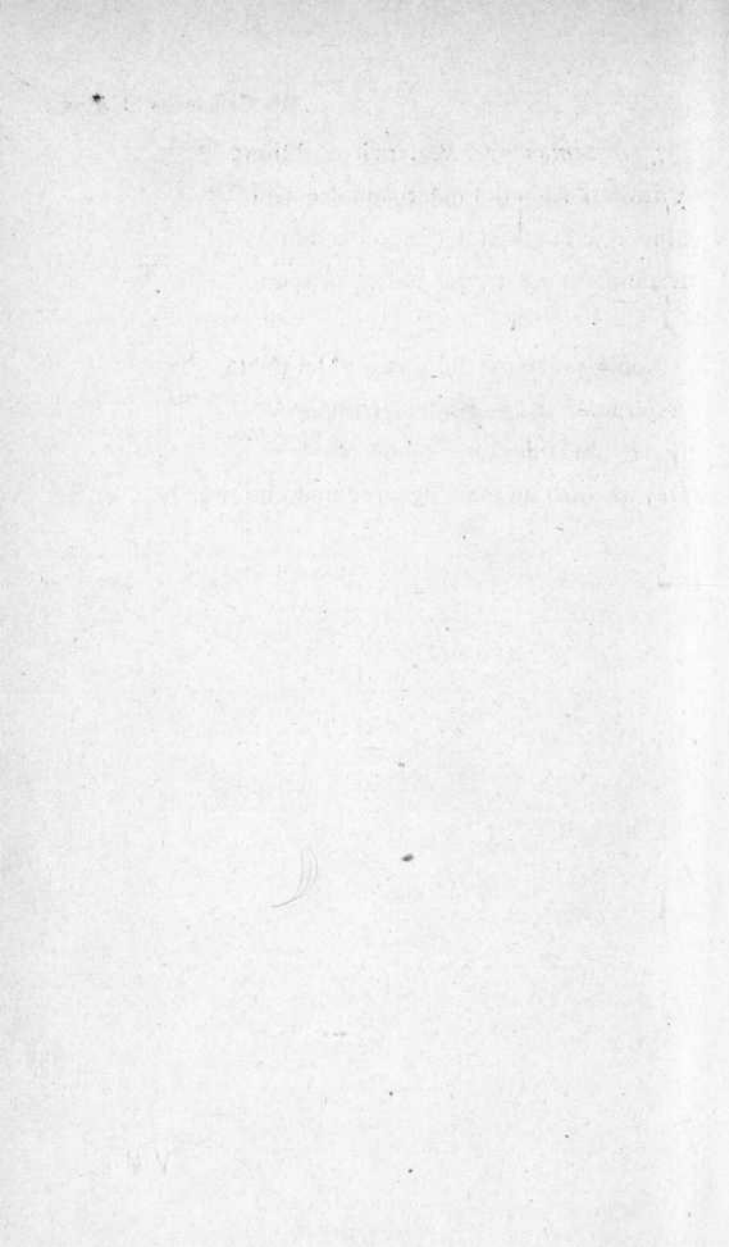
De su auditorio el generoso anhelo
 Interpretando el monje, irguió la frente,
 Volvió tranquila su mirada al cielo
 Y como ahogando la expresión ardiente

Que se rebela audaz dentro del alma,
 Do se siente el hervor de un mar de agravios,
 Con humilde apostura y noble calma
 Miró á la multitud, abrió los labios,

Llama de inspiración brilló en sus ojos,
 Y con vibrante y varonil acento,
 Aquella alma sin par, virgen de enojos,
 Del mundo ingrato respondió al tormento

¡¡Decíamos ayer!!... grito sublime,
Voz de perdón del mártir que sereno
Muere, y la culpa del sayón redime
Besando el hierro que rasgó su seno.

Noble *excelsior* del genio y del poeta,
Aspiración del pensador profundo,
Bendición redentora del asceta
Que alcanzó un cielo despreciando un mundo.





SOL DE ORIENTE

Avanza, ¡oh Sol! De inmensas armonías
Himno triunfal la creación te canta;
Hierva la vida y, trémula de amores,
Se estremece la tierra como un alma.

—

Salve, ¡oh Sol! Á la luz de tu presencia
Su voz el ritmo universal levanta:
Vivir de luz del cielo... ¡dulce vida!
Amar y amar sin fin... ¡feliz quien ama!

—

Alma inmortal, de luz y amor sedienta;
¿Por qué tú gimes cuando todo canta?
Arriba está la luz; hija del cielo,
Arriba está el amor... ¡avanza, avanza!

¡Brilla en mi corazón, Sol sin ocasos,
 ¡Oh Dios, Luz de la luz, Vida del alma!
 ¡Oh Amor de todo amor! Nace en mi pecho
 Y romperán en himnos mis entrañas.

Brilla ¡mi Dios! Que si anochece el mundo,
 Su himno de amor renovará mañana;
 Mas si anochece el alma y tu hora llega,
 No espere, no, cantar la luz del alba...



Á LA CRUZ

¡Oh Cruz! ¡Oh enseña espléndida,
Del mundo vencedora!
Trofeo del espíritu,
¡Oh Cruz libertadora!
Iris de amor y símbolo
De eterna redención.

—

Padrón ayer de escándalo,
De Dios hoy trono augusto,
Tú eres terror del réprobo,
Sublime afán del justo,

Lucha en la tierra y lábaro
De la inmortal Sión.

Por ti consuelo y término
Del mundo logra el llanto,
Y amparo el alma huérfana,
Coronas el quebranto,
La fe sus dulces éxtasis
Y á Dios la caridad.

Enhiesta sobre el trágico
Tumulto de la vida,
Tus brazos unen pródigos
La tierra prometida,
Y de un valle de lágrimas
La inmensa soledad.

¡Oh! Si á tu abrigo acógense
Del mundo los pesares,
En ti halla puerto el náufrago
Y la virtud altares;
Que al abrazarte el mísero
Consagras su dolor.

Tú eres principio y límite
Del alma á la esperanza;
En ti justicia y término
La lucha humana alcanza:
Quien te odia... eternas lágrimas;
Quien te ama... eterno amor.

¿Quién demarcó tus ámbitos
Y dió á tu ley fronteras?
¡Oh Cruz! El orbe humíllase:
Tú vences y tú imperas,
La tierra, el cielo, el bátrato
Proclaman tu virtud.

Rota el ara del ídolo,
Tú sola al mundo abrazas;
Del Partenón y el Ágora,
Del circo y de las plazas
Triunfaste, ¡oh siempre indómita
Locura de la Cruz!

Cerrad el antro, ¡oh réprobos!
La cruz se alzó en el Moria.
Abre, Salén espléndida,

Las puertas de la gloria,
Que tras su Rey altísimo
Se acerca á ti Israel.

Ved ya en las cumbres célicas
Las tribus redimidas;
Sus tronos... ¡Cantad, ángeles,
Cómo de allí vencidas,
Rodaron con estrépito
Las huestes de Luzbel!

Salve, trofeo y símbolo
De redención gloriosa,
Bandera de los mártires,
Del penitente esposa,
Corona de las vírgenes,
Del mundo exaltación.

Salve tú, del espíritu
Senda, verdad y vida,
Pacto de amor y cántico
De libertad cumplida,
Signo de Cristo y lábaro
De la inmortal Sión.

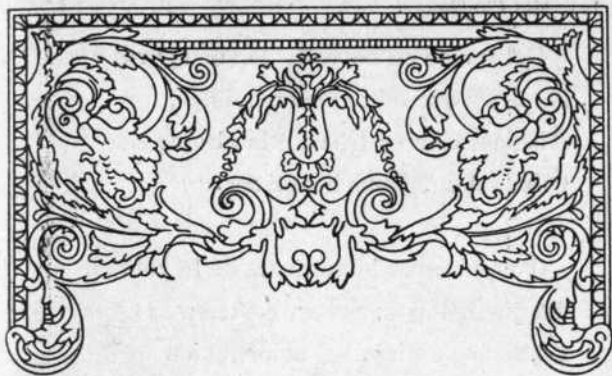


REDENCION

¡Murió Jesús! La muerte, al ser vencida,
Cerró sus labios y apagó sus ojos;
Iris de paz, la Cruz con sus despojos
Se alza entre Dios y el hombre suspendida.
Era su Rey; y la ciudad deicida
Ciñó su frente de ásperos abrojos;
Mas era Rey y Dios, y en vez de enojos,
Al darle muerte recibió la vida.

Cuando en el antro del dolor sombrío
«Vencí, gritó Luzbel; el mundo es mío»

«—Todo, exclamó Jesús, se ha consumado—»
Y de la gloria desgarrando el velo,
Un ángel respondió: «Cristo ha triunfado;
Tristes hijos de Adán, vuestro es el cielo...»



ASPIRACION

¿Cuándo será, Señor, que el alma mía
Se abra á tu luz y viva de tu amor,
Cual se abre al beso de la luz del día
Y del amor del sol vive la flor?

¿Hasta cuándo arrostrar el duro embate
De estas luchas á muerte que hay en mí?
¿Hasta cuándo este trágico combate
En que puedo ¡oh mi Dios! morir sin Ti?

Peregrino en un valle de amargura,
 No dejes que mi fe rinda el dolor;
 Álzame, como á Elías, á la altura,
 Ó baja á mí, Jesús libertador.

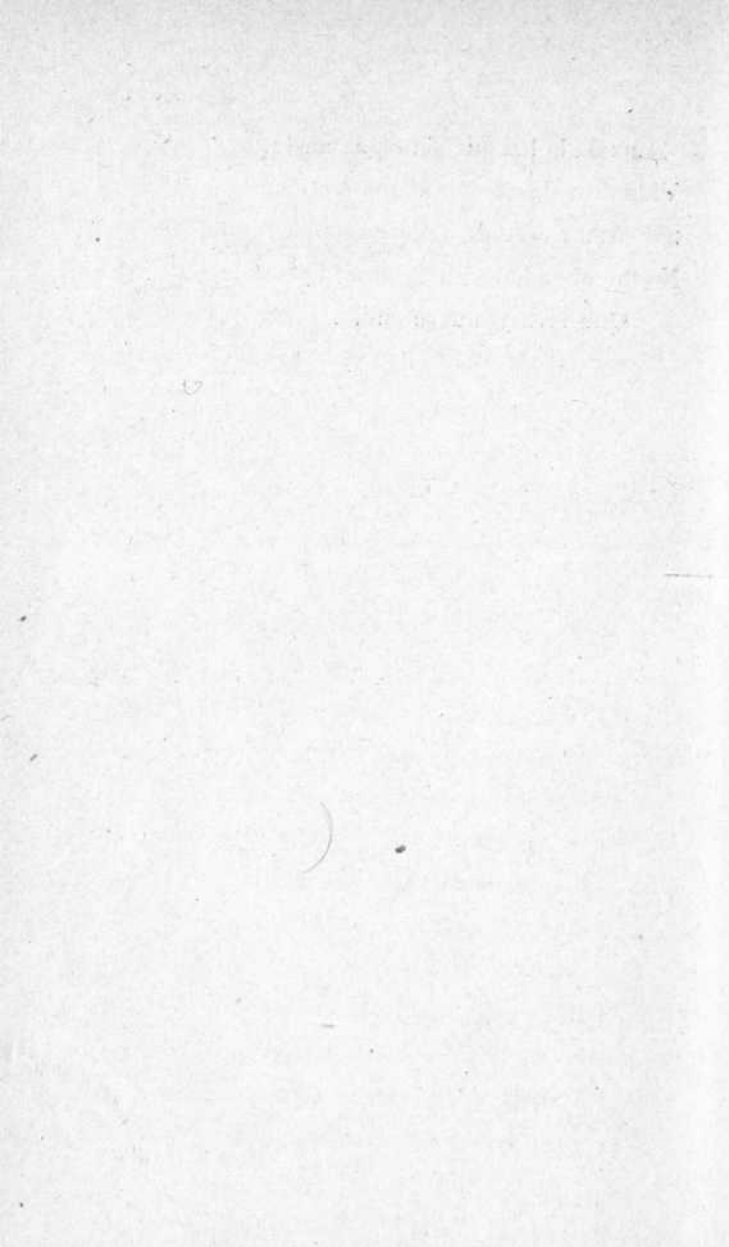
Tú que sabes la angustia de la vida,
 Tú que hallaste, Señor, hasta en la Cruz
 La amarga mirra del dolor, unida
 Con la hiel de la humana ingratitud;

Dame, ¡oh Jesús! la fe que logra verte,
 Sostén mis esperanzas hasta el fin;
 Dame ese amor que *triunfa de la muerte*
 Y es la vida que vive el serafín.

¿Dónde hallar, sino en Ti, paz y dulzura,
 Y refugio y consuelo en el dolor?
 ¿Dónde hallar en otra alma más ternura
 Y otro amor, buen Jesús, como tu amor?

No me dejes, mi Dios; que tras la muerte
 Sólo los que te amaron te amarán;
 Y si al morir mis ojos no han de verte,
 Nunca á verte mis ojos volverán.?

Luz de la luz que sin cesar ansío,
Vida de vida que me llama á sí,
¡Oh Amor de todo amor en quien confío!
No me abandones, no; dame, Dios mío,
Que viva y muera en Ti.





TARJETAS POSTALES

Si entre el rudo luchar de la existencia
Quieres lograr del corazón la calma,
Lleva la fe del mártir en el alma
Y la imagen de Dios en la conciencia.

Gime por el dolor el alma herida
Y ansia infinita al corazón devora;
¿Qué horror más horroroso que la vida,
Si la esperanza dulce y salvadora
No viese en el desierto en que se llora
Las costas de la tierra prometida?

Si el error en la mente es concebido,
La pasión, no la idea, le ha engendrado;
Que sólo niega á Dios quien le ha perdido,
Y sólo niega el alma el desalmado.

THE JOURNAL OF THE

AMERICAN ASSOCIATION
OF COLLEGE AND
UNIVERSITY TEACHERS

Volume 10, No. 1
January, 1901
Published by the
American Association of
College and University
Teachers

Editor: J. W. Aldrich
Business Manager: J. W. Aldrich
Subscription Price, \$1.00
Single Copies, 10 Cents



CANTIGA EN LOOR DE LA VIRGEN MARÍA

(Música del P. L. Villalba)

VIRGEN más pura que la luz del día,
Virgen más bella que en Oriente el sol,
¡Bendita siempre seas, oh María!
¡Bendito sea el fruto de tu amor!

—
¡Oh Virgen la más bella entre las bellas!
Encanto de las hijas de Israel,
Á cuyos pies se agrupan las estrellas
Por servir á su reina de escabel.

—
Virgen digna de Dios, cuya hermosura
Canta el ángel y adora el serafín:

Toda eres bella Tú, toda eres pura,
La gloria del Señor se muestra en Ti.

Toda eres bella, sí, flor de las flores
Y rosa de las rosas del Edén,
Esposa del Amor de los amores,
Virgen y Madre del eterno Bien.

¡Virgen pura, entre todas elegida,
Reina del cielo y gloria del Señor!
¡Oh, madre del amor que da la vida!
Llévanos á la vida del amor.



Á LA VIRGEN DEL BUEN CONSEJO

Himno

CORO

ADRE del amor y guía
Del alma que espera en Ti,
Madre mía, madre mía,
Vuelve tus ojos á mí.

ESTROFAS

Como estrella de los mares,
Como estrella de las almas,
Tú consuelas los pesares
Y Tú las tormentas calmas;
Causa de nuestra alegría,
Alégrese el alma en Ti;
Madre mía, madre mía,
Vuelve tus ojos á mí.

(Coro)

2.^a

Tú que sabes la amargura
 Del que llora sin consuelo;
 Tú que alumbras, Virgen pura,
 La senda que lleva al cielo,
 Vuelve tus ojos, María,
 Al que la luz busca en Ti;
 Madre mía, madre mía,
 Vuelve tus ojos á mí. (Coro)

3.^a

Al brillar el sol de Oriente
 Abre su cáliz la flor,
 Y ábrese el alma que siente
 Las miradas de tu amor.
 Miráme Tú, luz del día,
 Y abre el alma toda á Ti;
 Madre mía, madre mía,
 Vuelve tus ojos á mí. (Coro)

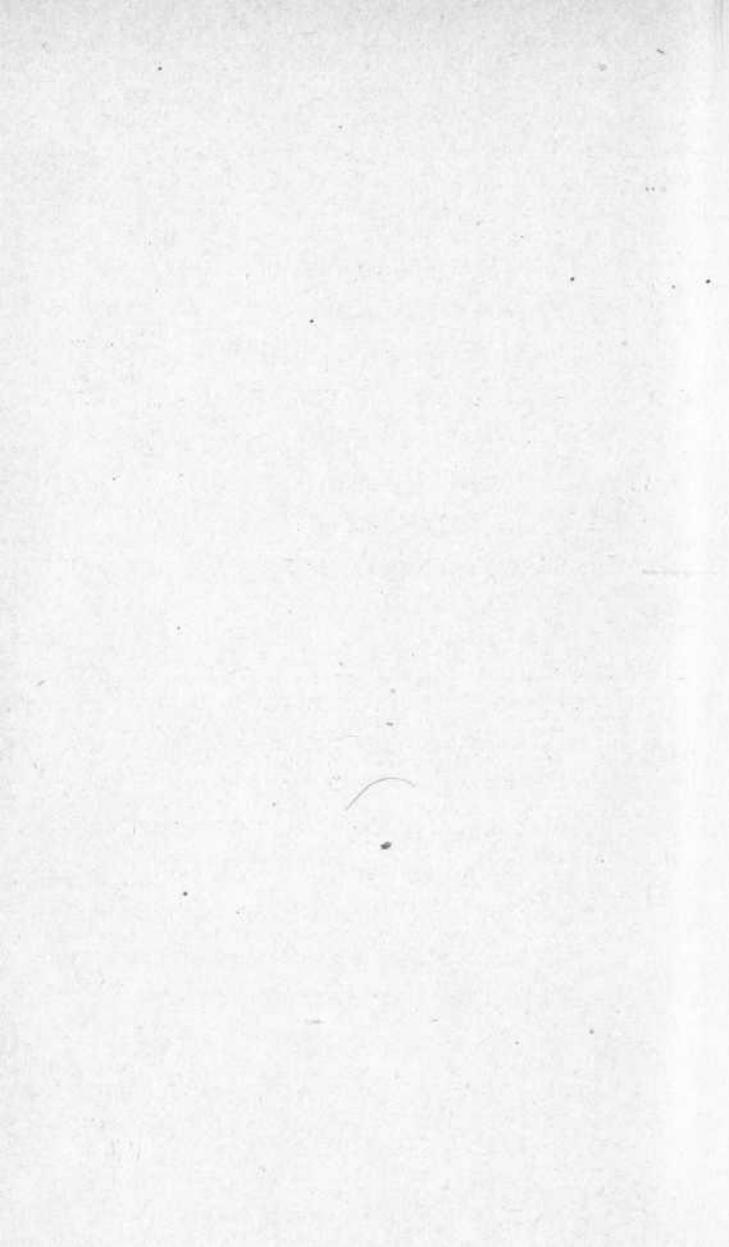
4.^a

Luz del pobre peregrino,
Estrella de salvación,
Brilla siempre en mi camino
Y brilla en mi corazón.
Alumbra Tú mi agonía,
Y al volar el alma á Ti,
Madre mía, madre mía,
Tiende tus brazos á mí.

(Coro)

CORO

Madre del amor y guía
Del alma que espera en Ti,
Madre mia, madre mía,
Vuelve tus ojos á mí.





POESÍA Y FE

(Imitación de Cabanyes)

Pobre y ruda es mi lira; pero libre
En sus cuerdas de hierro vibra un alma,
Como en las del salterio voz divina
Resuena entre misterios.

Con su ritmo viril mi acento acorde,
Cantó del justo la virtud sublime,
La patria en que nací y el dolor santo
Que llora, vuelto al cielo.

¡Lejos! fantasmas de mezquinas glorias,
No es de Esaú mi inspiración la herencia;

Mi musa es la verdad, de Dios mis cantos
Que en ellos puse el alma.

Joven feliz, al desertar del mundo,
Del templo en el umbral rompí su lira,
Cual las tablas Moisés, viendo á su pueblo
Ante el ídolo de oro.

No es, no, mi musa la venal y apóstata
Que ofrece á Dios el ósculo de Judas;
Ni esa que enciende en odios africanos
Almas de amor sedientas.

Virgen envuelta en suaves resplandores,
Coronada de estrellas y azucenas,
De rostro de ángel, pudibundos ojos,
¡Oh fe! tú eres mi numen.

¡Cómo á tu voz más dulce que el arrullo
Del canto maternal, se abren las almas,
Y, cual la flor, exhalan los aromas
Del cielo en que nacieron.

¡Cuán libre la expresión de la armonía

Llega á los labios y al vibrar difunde
Una voz de ese ritmo siempre nuevo
Que alzan á Dios los mundos!

Tú de la noche en la callada sombra,
Ves la divina faz resplandeciente
Que mira con amor y escucha atenta
Las ansias de la vida.

Tú inspiras el idioma ardiente y puro
De la honda pena y la expresión del gozo;
Tú muestras al dolor y al desamparo
El iris de esperanza.

Y con tu luz de la materia inerte
Surge radiante el ideal y el hombre
Deletrea el idioma misterioso
Del poema divino.

Tal en las formas rígidas del mármol
Vió absorto el griego aparecer la idea,
Correr la vida y palpar la estatua
Bajo el cincel de Fidias.

Y así en los versos do el cantor de Ofanto
Fundió el alma de Roma, oyen los siglos,
Del circo entre el fragor, gemir á solas
Los dioses del imperio.

¡Diera el cielo á mi voz su magia eterna
Y á esos tus hijos que engendró el oprobio
De altos ejemplos olvidadas glorias
Cantar, oh patria augusta!

¡Ingratos! Muerto en su alma tu amor santo
Se avergüenzan de ti, tu honor reniegan;
Le buscan en su pecho y tú no moras
En almas parricidas.

Ven, arpa ruda, ven; vibren tus cuerdas
Con la fe de mi patria y de mi gente;
Tal vez haya diez justos en Sodoma...
Ven, arpa mía, y canta.



LA VERDAD INSPIRADORA DE FEIJOO

Canto (1)

Salve, ¡oh Verdad! emanación divina,
Sol que cielos y mundos ilumina,
Centellando relámpagos de ideas;
Del Verbo creador fecundo aliento,
Alma del pensamiento,

(1) Premiado con la corona de laurel de plata al celebrarse en Orense el centenario de Feijóo.

Musa santa de Dios... bendita seas.
Salve, ¡oh Verdad! ardiente poesía
De la inmortal Sión; madre del arte,
Luz de la luz y norma de armonía;
Tú eres del alma aspiración sublime,
Voz y esplendor de la infinita ciencia,
Esencia que da el sér á toda esencia
Y un trasunto de Dios en ella imprime.
Tú eres el Verbo mismo
Que sobre el caos lóbrego flotaba,
Cuando á la voz del Creador alzaba
Su faz de entre las sombras el abismo.
Tú al brillar, como luz nunca extinguida,
De la nada en los ámbitos profundos
Desataste las fuentes de la vida;
Hiciste arder al sol, hervir los mares,
Encendidos girar los luminares,
Vibrar los cielos y rodar los mundos.

Salve, eterna verdad, lengua divina
Cuyo acento de imperios y de edades
La gloria inmensa ó la ignominia labra;
Tú del mundo en las recias tempestades
Rayos de viva luz relampagueas,

Con el trueno al romper de la palabra
En lluvia de recónditas ideas.
Según que, ciega á tu radiante lumbre,
Se despeña en tropel la muchedumbre,
Ó te bendice en su entusiasmo ardiente,
Ya ciñes á su sien lauros de gloria
Ó estampas en su frente
El anatema eterno de la historia.
Siglos y pueblos á tu luz nacieron,
Siglos y pueblos con tu luz triunfaron,
La paz y la justicia se abrazaron,
Y el honor y la gloria florecieron.
Mas cuando un día tu fulgor no asoma
Entre las densas brumas de Occidente,
Con el ronco estertor del moribundo
Todo anuncia que el trono se desploma,
Que los dioses se van, que muere Roma,
Que estalla la catástrofe de un mundo.
Y aquel mundo, á tu voz, rodó al abismo;
Tú sola, dominando el cataclismo,
Consagraste las glorias de sus ruinas,
Y un eco fueron del fragor circense
Las plegarias y cántigas divinas
Que exhaló al renacer la fe cristiana,

Al posarse en la cítara ateniense
Y en las cuerdas del arpa virgiliana.

Sí; tú vences, tú triunfas y tú imperas;
Tú eres la ciencia, la virtud y el arte,
Tú eres el sol de eternos resplandores
Que en los cielos del genio reverberas;
Ya en las formas severas
Alientas de los mármoles cautiva,
Y surgen pregonando tu victoria
El grupo escultural, la esbelta ojiva,
La cristiana basilica gigante,
Levantando su cúpula triunfante
Por tocar con las cumbres de la gloria;
Ya en el lienzo inmortal el genio ardiente
Cual alma infunde tu hálito sereno,
Y entre la luz que en su redor se agita
Viva la imagen con afán palpita,
Y, expresando su amor, arden sus ojos,
Late su corazón, tiembla su seno...
Y tu voz es la voz de la armonía
Que exhala en notas nuestro inmenso anhelo;
Y tu lengua esa excelsa poesía,
Idioma de los ángeles del cielo.

¡Oh sublime verdad, centro del alma,
Fuego del pensamiento soberano,
Verbo eterno de Dios, soplo de vida,
Aspiración del corazón humano,
Que ansioso busca en ti la dulce calma,
Vislumbrando la tierra prometida.
Tú eres la aparición consoladora
Que iluminas al alma que te adora.
Tú cuando el hombre tu esplendor olvida,
Ya abrasas con el rayo de la idea
La soberbia Babel que en contra tuya
Con sangre y lodo su ignominia crea,
Ya enciendes, como Dios, lenguas de fuego
Que en la mente derramas,
Y á los nuevos apóstoles del mundo
Con los fulgores del saber inflamas.

Un día fué: del genio el firmamento
Veló la Providencia,
Extinguiéndose el sol del pensamiento
En la patria del arte y de la ciencia;
Mas la noche ahuyentando pavorosa,
Entonces tu palabra poderosa:
«¡Haya luz! — exclamó; — ¡el genio sea!»

Y en la región radiante de la idea
Nació el genio inmortal... Feijoó sublime,
Tú, sí, de la verdad fuiste el Mesías;
La ciencia y el honor, la fe y el arte,
Todo en ti despertó; luz y armonías
Del cielo descendieron á inspirarte.
Tuyo, sí, es el aliento soberano,
El noble afán y la ansiedad intensa
Con que triunfante el pensamiento humano
De la materia sorprendió el arcano,
Rindiendo ante él la creación inmensa.
Tal vez un rayo que nació en tu mente
Voló á inflamar la inspiración ardiente
De Watt y de Franklin, Pasteur y Volta;
Tal vez los triunfos todos de la ciencia
En tu genio fecundo
Ya vivos palpitaban;
Y al numen de tu excelsa inteligencia
Viste, nuevo Colón, nacer un mundo...

Oh apóstol del saber, ¿quién á tu nombre
Alzará digno cántico de gloria?
Tú solo animas con eterna vida
Toda la patria historia

De aquella edad decrepita y caída.
De ánimo audaz, de espíritu valiente,
Nunca á tu siglo se humilló tu frente;
Con él en ruda encarnizada lidia,
Cuando del odio y la voraz envidia
Tu noble rostro el huracán azota,
Irguiéndote triunfante,
Vibra tu acento indómito y gigante,
Y el grito airado en tus palabras brota
Del atleta acosado y no vencido,
Del sacerdote, el sabio y el patriota...

Y un canto inmenso á la verdad alzaste
De eterno son y ritmo soberano,
Cuando en el cielo extático trazaste
De tus obras las páginas divinas:
Allí se agita el corazón humano
Anhelando los goces de otro mundo,
Allí vibran en mágico concierto
Los valientes arranques del poeta,
La intuición sagrada del profeta,
La austera voz del pensador profundo.
En tu cláusula ardiente,
Como en sus moldes el metal hirviente,

Cual viva llama la verdad se agita,
Encarnando en la vívida palabra
Con que tu genio labra
La gloria de las ciencias infinita.

¡Gloria al genio inmortal, gloria á tu nombre
Cantor de la verdad, Feijoó sublime:
Gloria eterna al apóstol que redime
Del torpe error y la ignorancia al hombre!
Hoy que la patria en su entusiasmo santo
Lanzando al mundo de la gloria el canto
Entreteje de flores tu aureola,
Vierte sobre ella un rayo de tu mente;
Brille la lumbre de la fe en su frente,
Arda en su corazón sangre española...

Escorial, Mayo, 1887.



CÁNTICO AL NIÑO JESÚS

*Dulce Jesús mío,
Dulce Redentor,
Si pudiera amarte
Con tu mismo amor,
Como tú me quieres
Te quisiera yo.*

Vida de mi vida,
Y Amor de mi amor,
Cielo de los cielos,

Sol del mismo sol;
Dulce Jesús mío,
Dulce Redentor,
Á adorarte vengo,
Mi Dios y Señor;
Y si amor tuviera
Digno de tu amor,
Como tú me quieres
Te quisiera yo.

Mudo ante tus plantas,
Mírame, Señor;
¿Cómo en lengua de hombre
Te hablaré, mi Dios?
Háblente mis ojos
Con ansias de amor,
Y ardan en mis ansias
Alma y corazón;
Y si amar pudiera
Con amor de Dios,
Como tú me quieres
Te quisiera yo.

Mírame, mi Vida,

Mírame, mi Amor,
Quiéreme, mi Niño,
Quiéreme, mi Dios;
Que si brotan flores
Donde mira el sol,
¿Qué no harán tus ojos?
¿Qué no hará tu amor?...
Dios del alma mía,
Sol que alumbra al sol,
Si pudiera amarte
Con tu mismo amor,
Como tú me quieres
Te quisiera yo.

Gloria de los cielos,
Mi Dios y Señor,
Dulce Jesús mío,
Dulce Redentor,
Dame lo que pides
Y pídemme amor.
Tuyos son mis ojos,
Tuyo el corazón,
Tuya toda el alma,
Tuyo cuanto soy;

Y si amar pudiera
Con tu mismo amor,
Si hombre sólo fueses
Y Dios fuera yo,
Hombre yo me haría
Por hacerte Dios...
Dulce Jesús mío,
Mi Vida y Amor,
Ve si cual me quieres
Te quisiera yo.



LA CONVERSIÓN

FRAGMENTOS DE UN POEMA

I

Ya de los Alpes la escarpada cumbre
Corona ardiendo el sol; olas de lumbre
Resbalan por la atmósfera serena,
Mientras con gritería atronadora,
Expresión del placer que la enajena,
Hierve en fiestas Milán encantadora.

Entre cánticos, risas y amenazas,
Como el revuelto mar, la plebe inquieta

Ruge y se extiende por las anchas plazas;
Ya en los juegos olímpicos escucha
Los dísticos rotundos del poeta,
Ya insulta al púgil que cedió en la lucha,
Ya aplaude loca al vencedor atleta.
Con grotesco ademán, turbas de histriones
Ebrios allí y en tumultuoso coro,
Alzan torpes y báquicas canciones;
Allá, al ritmo del crótalo sonoro
Y entre el bullir de la canalla ruda,
Con aires de frenética bacante,
Danza la meretriz medio desnuda.

En carros de marfil y pedrería,
Bajo lluvias que esparce de oro y flores
Un rebaño de esclavos de Etiopía,
Cruzan del foro al circo los pretores;
Con sus haces de varas los lictores
Conducen al tribuno sicofanta;
Suelta la toga, con semblante austero,
Por entre el pueblo el cónsul se adelanta;
Allí aparece el decurión severo,
Tras él avanza la sensual matrona,
Crujen doquier rodando las lıteras,

Y del circo revientan en la cumbre
El clamor de la inmensa muchedumbre
Y el rugir de los tigres y panteras.

Mas, ¡oh contraste inmenso! en el instante
En que el pueblo en las gradas apiñado
Se agolpa, como enjambre alborotado;
Cuando con rouca voz el bronce suena
Saludando á la fiera, que anhelante
Salta rugiendo á la revuelta arena,
De la esbelta Basílica gigante
Vuela desgarrador, como un lamento,
El lastimero son de la campana:
Grito de indignación que lanza al viento,
Contra Milán gentil, Milán cristiana.

Allí de Ambrosio el inspirado acento
Del templo por las bóvedas resuena;
Allí su pueblo, ante la cruz postrado,
Contempla con atónita mirada
Fuera, el inmenso atronador tumulto
Cual de grueso torrente desbordado;
Dentro, el altar, objeto de su culto,
El crucifijo en él, al clero á un lado,

Y al Obispo en la cátedra sagrada...
Sollozos de dolor, hondos gemidos,
Vuelan del alma á la espaciosa nave
Del prelado al acento... ¿quién resiste
Al fulgor de sus ojos encendidos,
Aquel semblante demacrado y grave,
Aquella voz, ya enérgica, ya triste,
Rompiendo en esas cláusulas ardientes
Que brotan de los labios del poeta,
Y enseña Dios al convertir al hombre
En apóstol ó en mártir de su nombre,
Ó al infundirle el alma del profeta?
—«Piedad, Dios del amor; piedad, Dios santo»
Triste el anciano al Redentor gritaba;
Y el pueblo inmenso en lastimero canto:
—«Piedad, Señor, piedad» le contestaba...

Canto desgarrador, grito sublime
De aquella augusta Religión herida:
En él vibraban el dolor que gime
En brazos de la fe, la humilde queja
Del alma á la esperanza que se aleja,
Cual de su nido el ave estremecida;
La mística oración volando al cielo

Para volver, como afanosa abeja,
Transportando en sus alas el consuelo;
Todo en el triste canto se fundía,
Y al resonar con hondos alaridos
De las hambrientas fieras los rugidos,
El clamor estridente de los bronce,
De la plebe la ronca gritería,
Esforzando la voz el pueblo entonces
Y ardiendo en ansias de morir sinceras,
El grito de la plebe recogía,
Exclamando: «Cristianos, á las fieras.»

Frente al sagrado altar, mudo, anhelante,
Expresando en su rostro macilento
El pesar, la vergüenza y el tormento,
Contemplaba Agustín, despavorido,
La ceremonia augusta; en su semblante,
Con la expresión del genio contrastaba
La triste majestad de un Dios vencido.
Allí, en su conturbado pensamiento,
Una horrenda tragedia resbalaba;
En su africano rostro conmovido,
Todo el furor y estruendo palpitaba
De un combate mortal; aquellos ojos

Extáticos, ansiosos, centellantes,
Que entre sus anchos párpados vibrantes
Parecían arder; sus labios rojos,
Trémulos por la fiebre abrasadora:
Toda la angustia de ansiedad violenta,
Todo anunciaba la interior tormenta,
Esa tormenta sorda, arrolladora,
Que allá del corazón rompe en el fondo
Con ese grito interminable y hondo
En que el alma sin Dios protesta y llora.

La voz de Ambrosio, irresistible, austera,
Hiriendo sin piedad sus liviandades,
Vivo fulgor de incógnitas verdades
Derramó en su razón: en lucha fiera
La carne, con la furia de un tirano
Á la vez hostigó sus apetitos;
Y como los reptiles del pantano
Vió surgir en tropel sus devaneos,
Transformados en larvas de deseos,
Los deseos en larvas de delitos...
Vió entonces discurrir por su memoria
Revestidos de mágicos colores,
Sueños, delirios, éxtasis, amores,

De un encanto sin fin la dulce historia.
Traspasado de atroz remordimiento,
Por su cuerpo sintió calenturiento
De la muerte el horrible calofrío,
Y con loca ansiedad, en su extravío,
Agitarse y luchar su pensamiento,
Como el náufrago lucha abandonado
Entre el rugiente mar alborotado
Y el silencio y las sombras del vacío.

¡Oh instantes de dolor, horas solemnes
De esos combates rudos y perennes,
Que empeña la virtud con las pasiones;
Cuando Dios como á Lázaro despierta
Con la voz de su gracia al alma muerta
Y alborea en los tristes corazones!
Horas de angustia en que el pesar abruma
Y abismos sólo la mirada alcanza,
Y de la mente entre la densa bruma,
Arde la fe con lumbre mortecina,
Y, como el ave al expirar, camina
Aleteando sin fuerzas la esperanza.

Ese tedio mortal, ese hondo espanto

Pobló de sombras y de inmenso duelo
El alma de Agustín; en su quebranto
Vió su razón nublarse como el cielo,
Vibrar sus nervios á la voz del santo.
Turbios los ojos con voraz anhelo,
Cual en profundo abismo pavoroso,
En su espíritu, atónito enclavaba,
Mientras por su semblante, silencioso
Y ancho río de lágrimas rodaba.
Era Job sobre el cieno, absorto y mudo
La hediondez de sus llagas contemplando;
Era, ¡ay! el hijo pródigo, desnudo
Su vergonzosa postración llorando...

Del templo augusto en la gigante nave,
Lentamente expiró con un gemido
La voz de Ambrosio entrecortada y grave;
Postrado ante él su pueblo conmovido
Alzar le vió la temblorosa mano
Y oyó la bendición del santo anciano;
Un momento después, silencio inmenso
Las solitarias bóvedas henchía;
Flotando en nubes el fragante incienso
Por el altar desierto se elevaba,

Y el sol muriente con su lumbre fría
Honda tristeza y majestad sombría
Á las mudas imágenes prestaba.

Desatinado entonces y convulso,
Obedeciendo á arrollador impulso,
Ante el santo, marmóreo crucifijo,
Que descollaba en el altar sagrado,
Con angustioso afán cayó postrado
É inmóvil Agustín... allí de hinojos,
Y en la sangrienta cruz el rostro fijo,
Cual si un espectro en su agitada mente
Surgiera aterrador, horrorizado
Con furia loca sacudió su frente,
Hirió su corazón, cubrió sus ojos...
¿Qué vió el triste en la Cruz? ¿qué idea horrible
Conturbó su razón? ¿qué irresistible
Fuerza le arrebató al fango mismo,
Libre al volar su espíritu del cieno
Y abandonar, espléndido y sereno,
Como su larva mísera el gusano,
Los lazos en el fondo del abismo?
Tú, Señor, cuya inmensa omnipotencia
Conmueve á tu querer las voluntades,

Tú que amansas las recias tempestades,
Como en el hondo mar, en la conciencia;
Tú solo comprendiste el choque rudo,
La horrenda lucha del placer y un alma;
Tú escuchaste la voz de un desdichado
Que á ti su rostro descompuesto y mudo
Volvió, implorando la perdida calma.

Apenas ante el ara arrodillado,
Al soplo de sus ansias criminales
Ardieron sus estímulos carnales
En incendio voraz; encantadoras
Imágenes, visiones indecisas,
Con miradas de amor abrasadoras,
Con sus besos y lúbricas sonrisas,
Ante él giraron en tropel revuelto;
Con firme arrojo y ademán resuelto
Trémulo el infeliz, fingiendo enojos,
Una vez y otra vez, despavorido
Fijó en la cruz su atónito semblante,
Y una vez y otra vez, siempre vencido,
Volviendo al vicio que olvidó un instante
En la torpe visión clavó los ojos..

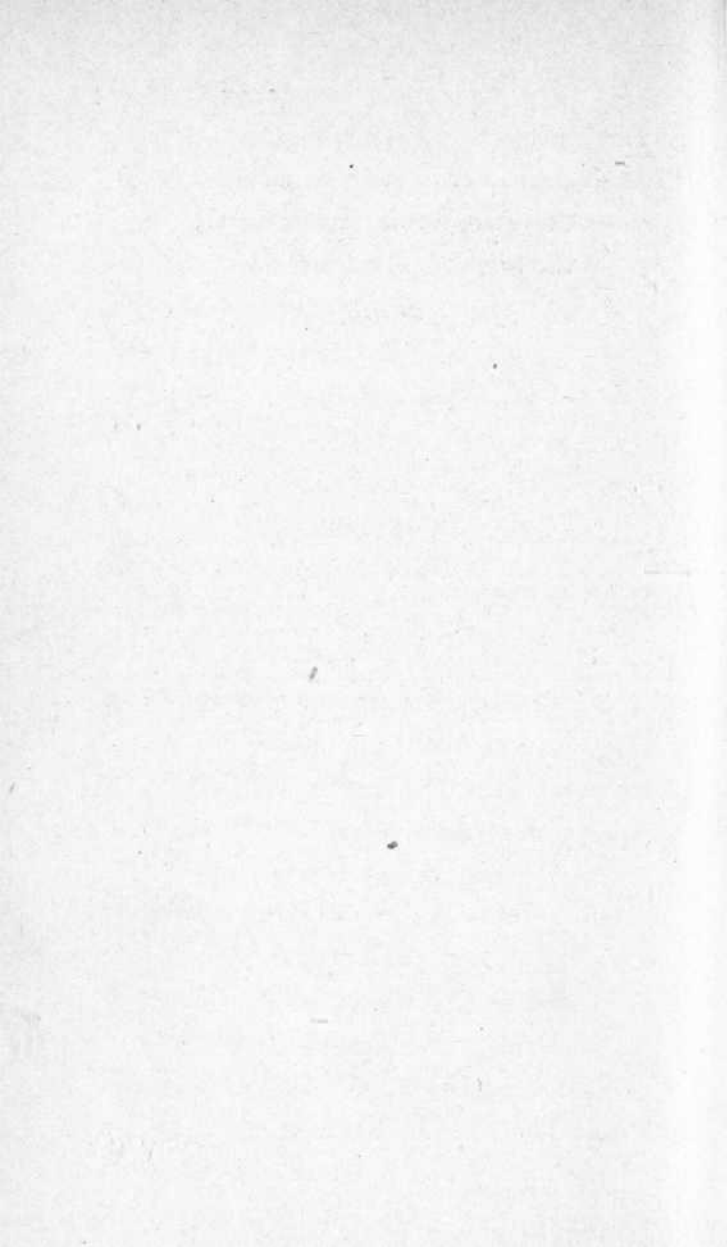
¡Oh amor, sublime amor, alma del mundo!
¡Cuán grande es tu poder! cuando resbalas
Por el vacío, al extender tus alas,
Como de Dios al hálito fecundo,
Vibra la creación estremecida,
Palpita todo ser, surge la vida
Y auras del cielo al respirar exhalas.
Tú, cuando el polvo vil sólo ambicionas,
Despertando las dulces ilusiones,
Truecas en lazos de oro las pasiones
Y en la carne al espíritu aprisionas.
Prisión que sólo el corazón comprende,
Lazos que nunca el corazón olvida,
Que abandona tras recia sacudida
Con el hondo pesar é inmenso duelo
Con que el alma del cuerpo se desprende,
Con que Luzbel se despidió del cielo.

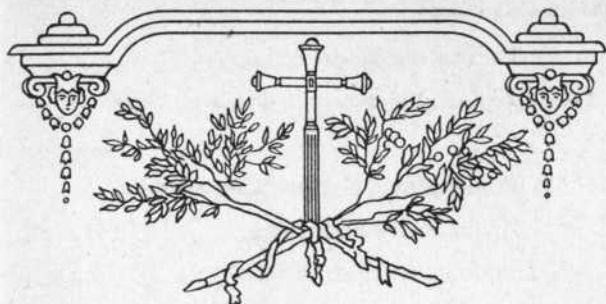
Ese amargo infinito desconsuelo
Sintió Agustín, cuando en la lucha horrenda
Quiso triunfar la fe: voces extrañas
Desgarraron á un tiempo sus entrañas,
Vibrando entre el fragor de la contienda;
Eran los gritos de su orgullo herido,

El triste adiós, el postrimer quejido
De todos los dulcísimos amores
Que engendró del placer en los accesos;
Eran los hondos ayes, los rumores
De aquellos dulces sueños y embelesos
De músicas, de amores, luz y brisas,
Que gozó entre cantares y sonrisas,
De la inocencia al marchitar las flores.

Rendido en fin á la pasión tirana,
Ciego esclavo de antiguas liviandades,
Abrazado á sus locas vanidades,
Vivir juró y morir... Oyó cercana
De la austera virtud la voz terrible,
Entrevió sus misterios y tristezas,
Su implacable rigor: y un frío horrible
Serpeó por sus miembros lentamente.
Un grito sordo, inexorable, agudo,
Hirió su corazón; absorto y mudo,
Al convertir los ojos á la altura,
La vergüenza sintió del primer hombre,
Cuando de Dios al escuchar su nombre
Abrió los ojos y se vió desnudo...
Ya en el vértigo atroz del extravío

Su mirar melancólico y sombrío
Clavó en la santa cruz: sudor de muerte
Brotó en su rostro, y trastornado, inerte,
Cayó sin fuerzas sobre el mármol frío.





LA CONVERSIÓN

FRAGMENTO DEL CANTO SEGUNDO

—«Padre,—exclamó Agustín con hondo acento,—
Consolad el tormento
De un huérfano de dicha y esperanza;
Compadecéos del dolor profundo
De un náufrago que el mundo
Á vuestros pies entre sus olas lanza.

—

Dejad que un triste á vuestro amor acuda;
Tenaz vergüenza anuda
Mi lengua, sí, para expresar mi pena;
Mas ¿quién la losa alzó con firme calma

De esa tumba del alma,
De ensueños muertos y de sombras llena?...»

Calló un momento: el venerable anciano
En su rostro africano
Adivinando su terrible lucha,
Vuelto con tierno amor al crucifijo,
—«Mira á tu Dios, le dijo:
Con los brazos abiertos él te escucha...»

Entonces, ¡ay! cual rápidos torrentes,
En cláusulas ardientes
Rompieron desbordados sus pesares,
Vibrando en sus palabras el tormento,
Como vibra en el viento
El profundo rugido de los mares.

—«Olvidad—exclamaba—mi inocencia:
Fué un día en mi existencia;
En él del corazón las ilusiones,
Como las flores de un rosal, brotaron,
Y en él se deshojaron
Como ellas, al ardor de mis pasiones.

Siempre en lucha mortal conmigo mismo,

Y de abismo en abismo,

Busqué en el mundo la perdida calma;

Siempre en él recogí fieros enojos,

Lágrimas en los ojos,

Hielo en el corazón, luto en el alma.

—

Por acallar la voz de mi conciencia,

Hidrópico de ciencia,

Corrí á las aulas á escuchar los sabios,

Y más y más crecieron mis zozobras:

Ni luz hallé en sus obras,

Ni me ofrecieron la verdad sus labios.

—

Y arrastrado de atroz desasosiego,

Desatentado y ciego,

Tras la sombra seguí de la hermosura;

La vi, la amé, y al contemplar su encanto,

Olvidé mi quebranto

En ensueños de paz y de ventura.

—

¡Oh belleza inmortal! llama del cielo,

¡Con qué voraz anhelo

Siempre te amé! si ambicioné la gloria

Fué para verla ante tus pies rendida;
 Amarte fué mi vida,
 Amar y sólo amar... esa es mi historia.

—

¡Cuántas veces, triunfante en el prosenio,
 Roma aplaudió mi genio,
 Y orló mi sien el lauro del poeta,
 Y olvidando el extenso anfiteatro,
 Corrió loca al teatro
 Á oir mi voz la muchedumbre inquieta:

—

Y cuántas, sí, con entrañable hastío
 Respondí del gentío
 Al ronco aplauso, á la febril locura,
 Y entre la aclamación de la victoria
 Las palmas de la gloria
 Deshojaron los pies de la hermosura!...

—

Mas ¡ay! que un grito penetrante y hondo,
 De mi pecho en el fondo,
 Amargaba sin treguas mi contento,
 Respondiendo al halago del sentido
 El corazón herido
 Del más fiero y tenaz remordimiento.

¡Ni en el amor hallé la dulce calma!
 El encanto del alma
 Era una ilusión más, que de mí huía;
 Y ¡oh! como el beso de la muerte helado,
 Entonces, espantado,
 Oí el adiós de la esperanza mía.

—

En mi angustia y dolor, cien y cien veces
 Del vicio con las heces
 Creí extinguir mi sed abrasadora;
 Mas todo en vano: la pasión primera,
 Como voraz hoguera,
 Más se acrecienta cuanto más devora.

—

Esclavo de la carne y del deseo,
 Me hallé, cual Prometeo,
 En el fango caído de un abismo:
 Con la vil realidad de las pasiones,
 Huérfano de ilusiones,
 Y aun siendo seductor conmigo mismo.

—

Que si al amor el corazón humano
 Conoce por tirano,
 No quebranta su yugo y le abandona;

Sueña tal vez que á su poder resiste,
 Y de tintas reviste
 El placer que envilece y aprisiona.

Horrorizado, sí, no arrepentido,
 Y cual Luzbel caído,
 Hondo era al par que eterno mi quebranto,
 Cuando la fama pregonó tu nombre,
 Y ansié escuchar al hombre
 Gloria del mundo, de Milán encanto.

Y anhelante acudí, más que tu ciencia,
 Á aplaudir tu elocuencia,
 Y ese tu ritmo mágico y sonoro;
 ¿Cómo olvidé tus cláusulas divinas
 Y admiré tus doctrinas,
 Y al fin rindieron mi razón?... lo ignoro.

Sólo sé que tu voz conmovedora
 Rompió avasalladora,
 Sin piedad desgarrando mis entrañas;
 Que estalló mi dolor rugiente y ciego,
 Como el volcán de fuego
 Rompe en el corazón de las montañas.

Cubierta en nubes de rubor mi frente,

Sé que con ansia ardiente

Ante la cruz caí; por vez primera

Sentí que al labio la oración tornaba;

Mas yo mi voz ahogaba,

Temiendo que mi voz el cielo oyera...

—

Recuerdo que, en momentos de martirio,

Ofuscó del delirio

El vértigo mi mente enardecida;

Y que hallé sólo tras el recio embate

De aquel mortal combate,

Triunfante el vicio y la virtud vencida...

—

Exhausto entonces mi viril denuedo,

Temblé de horror y miedo,

Y al zumbiar en las bóvedas oscuras

Del huracán el lúgubre alarido,

Huí despavorido,

Cual si me hablase Dios en las alturas.

—

Y era el instante en que del circo hirviente,

Como invasor torrente,

Se despeña la plebe desbordada;

Cuando, ebria de sangre y de lujuria,
 Se aletarga esa furia,
 Rendida de gozar, mas no saciada;

—

Y cesa la explosión de su contento,
 Expirando en el viento
 Ese sordo fragor de las ciudades,
 Como del mar en el hirviente fondo,
 Vibra confuso y hondo,
 El ruido de las roncadas tempestades.

—

Del dolor más amargo perseguido,
 Y en soledad sumido,
 Avancé hasta el umbral de mi morada;
 Allí, desamparado por el cielo,
 Corrí á implorar consuelo
 De una madre también desconsolada.

—

¡Pobre madre!... tú, extática y de hinojos,
 En lágrimas los ojos
 Y la faz de tristezas encubierta,
 Tú mis males llorabas afligida,
 Ante la cruz caída,
 Absorta en tu dolor y como muerta...

Con el terror que el parricida siente,
—«Vedme aquí, balbuciente
Clamé;—mas por el alma de mi padre,
Que á mi despecho soy quien os aflige;
Odiadme, sí, le dije,
Olvidad, si podéis, que sois mi madre...»

Trémula, estupefacta, acongojada,
Inmóvil la mirada,
Cual si escrutara pavoroso arcano,
Mi grito oyó con palpitante anhelo,
Vuelta la frente al cielo,
Imagen viva del dolor cristiano.

Al contemplarla atónita y suspensa,
Su desventura inmensa
Conmovió con tal fuerza mis entrañas
Que huí, conmigo mismo enfurecido,
Cual Caín, perseguido
Por visiones terríficas y extrañas.

Que, aunque esclavo del vicio, allá en mi seno,
Cual la luz sobre el cieno,
Ardía siempre puro su amor santo,

Y aunque hundido en el fango de un abismo,
Pude odiar á mí mismo;
Mas resistir su amor... no pude tanto.

Yo afronté de los hombres los enojos,
Pero no aquellos ojos,
Más dulces en su mismo desconsuelo;
Ojos por la esperanza iluminados,
Siempre al mundo cerrados,
Ojos ¡ay! siempre abiertos para el cielo.

Huí, corrí frenético y sin tino,
Y á impulsos del destino,
Á vos llegué con la última esperanza
Del náufrago que lucha en la agonía,
Y en la oración confía
Que en la playa por él un ángel lanza.

¡Oh! si la angustia comprendéis y el duelo
De un alma sin consuelo;
Si entre el deber y la pasión violenta
También sufristeis la feroz batalla,
Que en la conciencia estalla,
Como estalla entre nubes la tormenta;

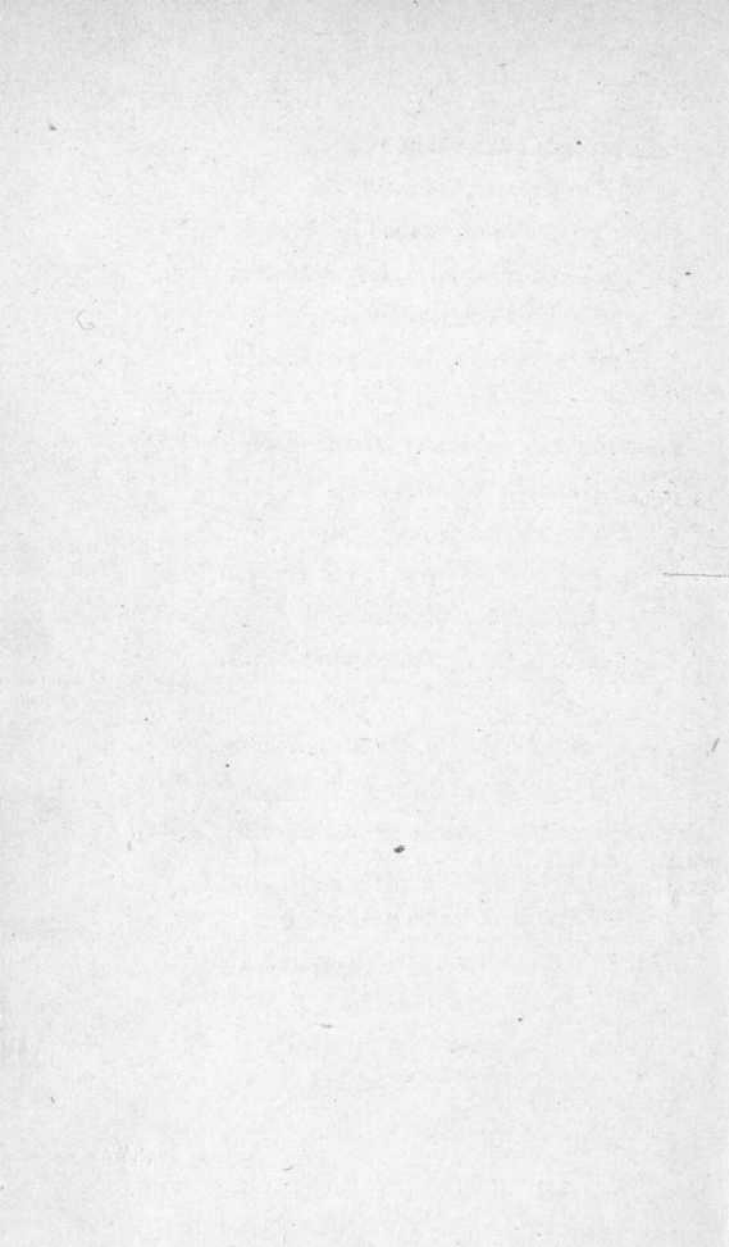
Interpretad, interpretad el grito
 De un dolor infinito;
 Conmigo al cielo levantad los brazos;
 Compadeced mis males, hoy que siento
 Sin luz el pensamiento,
 Y el mismo corazón hecho pedazos...»

—

No pudo más: cediendo á recio impulso,
 Exánime y convulso,
 Arrasadas en llanto sus mejillas,
 De Dios cual Sáulo por la voz vencido,
 Exhalando un gemido
 Cayó ante el santo Obispo de rodillas.

—

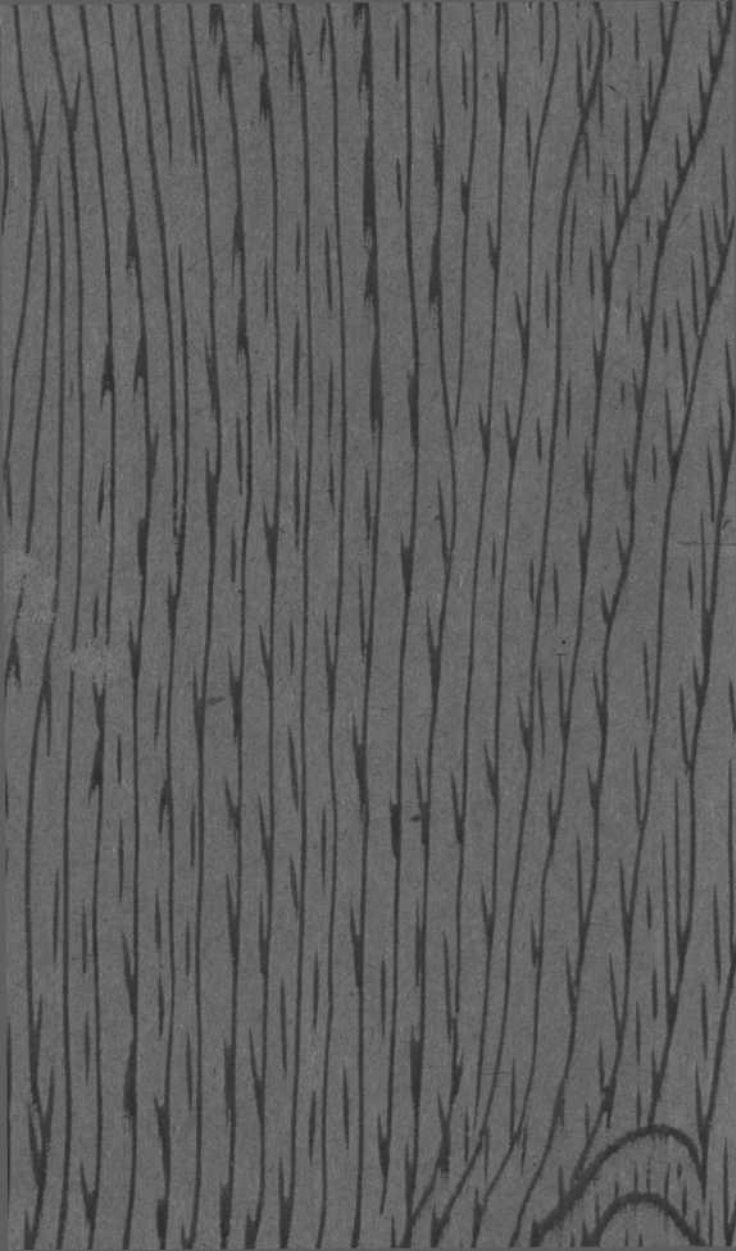
—«Agustín, Agustín, serás cristiano,
 De súbito el anciano
 Prorrumpió:—no tu fe se desvanezca:
 De una madre la voz irresistible
 Dios oirá; no es posible
 Que hijo de tantas lágrimas perezca...»



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
AL LECTOR	1
Al Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo (Dedicatoria)	17
Alborada.	25
¡Misericordia!	33
La golondrina.	37
Mi tierra.	47
El pino de Formentor	55
¡Tota pulchra!	59
Alegrías de la muerte.	69
El Viernes Santo.	75
Amor	87
En la cumbre de Miramar	93
María.	99
Saludo á Ronda	105
¡Decíamos ayer!...	111
Sol de Oriente.	129
Á la Cruz	131
Redención	135
Aspiración	137
Tarjetas postales	141
Cantiga en loor de la Virgen María.	143
Á la Virgen del Buen Consejo	145
Poesía y fe.	149
La Verdad inspiradora de Feijoo.	153
Cántico al niño Jesús	161
La Conversión.—Fragmentos de un poema.—Canto I	165
Fragmento del canto II	179









G 43678

5/22